

QUIZÁ CUANDO EL AMOR QUEDE TAN SOLO, LA ÚNICA ESTANCIA HABITADA

III ANTOLOGÍA DIGITAL ACE-ANDALUCÍA



A.C.E.

Asociación Colegial
de Escritores de España
Sección Autónoma Andalucía

QUIZÁ CUANDO EL AMOR QUEDE TAN SOLO, LA ÚNICA ESTANCIA HABITADA

III ANTOLOGÍA DIGITAL ACE-ANDALUCÍA



A.C.E.

Asociación Colegial
de Escritores de España
Sección Autónoma Andalucía

Primera edición: junio 2019

- © de los textos: los autores
- © Asociación Colegial de Escritores de España, sección autónoma de Andalucía
ACE-Andalucía
- © del Prefacio Manuel Gahete Jurado
- © del Últilogo Pedro Luis Ibáñez Lérica

Diseño de la cubierta y maquetación; Lola Gordillo Hernández

Coordinador editorial: Pedro Luis Ibáñez Lérica

Corrección: Ana Recio Mir

ISBN: 978-84-09-12635-4

Reservados todos los derechos. No se permite reproducir, almacenar en sistemas de recuperación de la información, ni transmitir alguna parte de esta publicación, cualquiera que sea el medio ideado (electrónico, informático, mecánico, fotocopia, grabación, etc), sin el permiso previo por escrito de los titulares de la propiedad intelectual.

Impreso en España

Eldonita en Hispanio

Si habito en tu memoria no estaré solo.
Mario Benedetti

Todos dicen que soy vario,
Me llaman tardo y ligero,
y que al pobre y caballero
robo como gran corsario,
siendo un viejo pasajero.

Adivinancero popular español

PREFACIO

En memoria de Julio Alfredo Egea y Pilar Quirosa-Cheurouze

Solo cuando perdemos a alguien que nos provoca un vacío insondable, nos conturba lo efímero de nuestra existencia y la friable naturaleza que conforma al poderoso ser humano. Después olvidamos fácilmente, cuando la memoria y el paso del tiempo debieran ser espacios de meditación constante sobre nuestra condición asertiva, luchando enconadamente entre la inercia y la cólera. Desde la poesía, y las artes en general, esta reflexión íntima se hace cada día más urgente y necesaria. Las nuevas tecnologías, con su ritmo casi frenético, han conformado un nuevo estatus quo donde impera el aislamiento personal, la fragmentación y el individualismo. El hombre perdido en el mundo se ha convertido en el tema y raíz de la poesía contemporánea. Las teorías de Friedrich Nietzsche, que ya conmovieron los cimientos de las sociedades, han sido refrendadas por este nuevo orden, aunque poco o nada tiene que ver en su efecto con la causa que pudo originarlo: “El individuo ha luchado siempre para no ser absorbido por la tribu. Si lo intentas, a menudo estarás solo, y a veces asustado. Pero ningún precio es demasiado alto por el privilegio de ser uno mismo”.

Razones de otra índole marcan el nihilismo y la frustración. El filósofo alemán abatió con su contundencia uno de los pilares básicos sobre los que se erigía la sociedad. Su declaración acerca de cómo “el hombre, en su orgullo, creó a Dios a su imagen y semejanza” llevó a los contemporáneos al abismo de la desconfianza, el agnosticismo y la incredulidad. Pero esta situación se agravaba también en el plano del conocimiento: “Tener fe significa no querer saber la verdad”, apostilla Nietzsche. Los pensadores comenzaron a analizar las consecuencias de estos postulados que también llevó a contradicciones y aporías. Kathleen Raine afirmaba: “En el olvido de Dios vamos perdidos”. La literatura, y esencialmente la poesía por su carácter sentimental, quedó inmediatamente alertada. Los poetas habían hablado extensamente de la pérdida del paraíso, de cómo en la tierra –escribía Luis Cernuda– no había sitio para el hombre solo “hijo desnudo y deslumbrante del divino

pensamiento”; pero ahora esta evidencia se recrudecía, porque en la misma voz del sevillano se escuchaba patente el abandono del Altísimo: “Acaso Dios también se olvidó de nosotros”.

El hombre abandonado y perdido en el mundo constituye el eje de una cosmovisión anímica que va forjando nuevas tendencias poéticas en proceso de elaboración. Ciertamente la poesía debe servir para dar voz a los mudos, como advertía Celaya, y ser instrumento constructivo de resistencia frente a lo que conmina al hombre, porque la inteligibilidad no está reñida con la calidad; lo que tampoco necesariamente implica que las corrientes que se escudan en un hermetismo restricto, donde la palabra es el crisol de la experimentación formal, hayan de considerarse necesariamente imitables y válidas. La polémica nos llevará siempre a un terreno neutro, donde expresión y contenido se conjuguen. En definitiva, lo que nos diferencia de cualquier otro ser existente en la naturaleza es el lenguaje y, como afirma el escritor venezolano Rafael Fauquié, fuera de las palabras solo existe el vacío. Pero de poco sirven las palabras si no están refrendadas por un compromiso ético que las justifique y las sustente.

Si revisamos con atención qué preocupa al creador contemporáneo observaremos una pungente y casi obsesiva necesidad de encontrar sentido a su vida, de amar la vida frente al cainismo, la intolerancia y la indolencia. Nietzsche de nuevo viene a establecer su ley positiva: “La verdad es que amamos la vida, no porque estemos acostumbrados a ella, sino porque estamos acostumbrados al amor”. En amar y ser amados radica en definitiva la explicación del ser y del existir del hombre, su razón de ser y su andadura en el existir. El desamor trae consigo la soledad, el egoísmo, la oscuridad y la violencia.

Son infinitos los textos literarios que nos hablan de este poder balsámico del amor frente a la adversidad del caminante, a los que se suman, con inusitada fuerza, en este deslavazado territorio contemporáneo, los poemas escritos por mujeres. La impropriamente llamada “poesía de género” llevará a primer término cromatismos temáticos fundamentales: la maternidad, el erotismo y la reivindicación de las diferencias ancestrales, siendo una pulsión poderosa que evoca, desde el lejano siglo XVII, los ecos inmarcesibles de la mexicana Sor Juana Inés de la Cruz.

Pilar Quirosa-Cheyrouze, sin proclamas ni alharacas, pulsó la verdadera memoria de lo que significa *ser humano*. Su capacidad para atraer las emociones y reivindicar el espacio habitable de todos en la búsqueda de un paraíso imposible sigue fulgiendo en nuestros ojos y sacudiendo nuestro corazón. Por ella y por Julio Alfredo Egea, ejemplar en su vida y parcamente reconocido en su obra, la Asociación Colegial de Escritores de España, Sección Autónoma de Andalucía, de la mano siempre generosa y fértil de Pedro Luis Ibáñez Lérída, abre su mirada poliédrica para desplegar una posible luz sobre cualquier sombra que la existencia haya infiltrado en el cauce, estrecho y breve, de los ríos de la vida que nos conducen inexorablemente al imposible mar.

Manuel Gahete
Presidente de ACE-Andalucía

PROFECÍA DE LA MÁQUINA

El verdadero peligro es que los ordenadores se apoderen del mundo.
Stephen Hawking

Quizá ya los robots irán teniendo
sus reuniones secretas
cuando se aleje el ángel
de sus clases de música
-con el rostro cambiado
de muchacha violada-
abandonando el arpa
y el dardo en la presencia
del dragón permanente.

Quizá estará próxima
la zarabanda anárquica del astro
y pueda quedar roto en su materia
ese cordón umbilical que unía
al hombre con la máquina,
y la máquina sea capaz de intercambiar
el duelo de los gestos
entre sus engranajes...

Cuándo el momento exacto en que se fragüe
el colosal suicidio?
Quizá cuando el amor quede tan sólo
maltrecho entre las páginas
de un poema violeta
escrito en amarillo en la arena cambiante
de una playa infinita,
desde un remoto siglo sin retorno.

No encontrarán los seres
camino de regreso,
ni ya nunca será posible el pájaro,
ni la mano desnuda sobre la mano herida,
ni agarrarse a una rama de paraíso,
cuando el Ordenador tenga voz propia,
salga de la oficina y del laboratorio
a decretar la Muerte.

Y Dios... ¿ se hará el distraído?

Alfredo Julio Egea. *Fabulas de un tiempo nuevo*. 2003.

CATARSIS

Cómo escribir un poema
que se deslinde de la nostalgia
que desconvoque, para siempre,
la plasmación de la herida
y se haga fuerte y raudo y vital
para la supervivencia.

Cómo gritar a los imperativos
que se desglosan en pretéritos
imperfectos pero humanos,
que no tiemblen ante la mansa caída
de las hojas del castaño,
que sean lava y al mismo tiempo
compás de espera, página abierta,
ternura y remanso.

Cómo barajar el efímero tiempo,
el reloj derrotado por el paso de las horas,
el dolor que crece y se retuerce
en meandros, cómo escribir un poema.

Cómo decirle a la tristeza
que controle la lluvia gris de la mirada,
que despoje al azul universo
de las palabras no dichas,
que encuentre el génesis desvelado
en su historia dormida y dilatada.

Cómo encauzar la catarsis de estos versos,
si la noche no me enlaza con sus manos.

Cómo escribir un poema
esperando el regreso de la luz,
la única estancia habitada.

Emilio Ballesteros p.12, Francisco Basallote p.20, Carlos Benítez Villodres p.22, José Cabrera Martos p.24, Diego Castillo Barco p.28, Juana Castro p.33, Juan Clemente Sánchez p.36, Rosa Díaz p.40, Joaquín Fabrellas Jiménez p.44, Paloma Fernández Gomá p.47, Miguel Florián p.49, María Jesús Fuentes p.54, Manuel Gahete p.57, Aurora Gámez Enríquez p.60, José Ganivet Zarcos p.62, p., Inmaculada García Haro p.66, Antonio García Velasco p.68, Ramón González Medina p.73, p., Juan A. Guzmán p.78, Margarita Hans Palmero p.82, Ana Herrera p.86, Pedro Luis Ibáñez Lérica p.89, Víctor Jiménez p.93, JOROS p.95, Encarna Lara p.98, Encarna León p.101, Fuensanta Martín Quero p.104, Lorenzo Martínez Aguila p.109, Francisco Martínez Navarro p.111, Paco Mateos p.113, José María Molina Caballero p.115, Antonio Moreno Ayora p.119, Belén Núñez p.122, José Olivero Palomeque p.124, José Orihuela Guerrero p.127, Concepción Ortega Casado p.130, Juan Antonio Palacios Escobar p.135, Antonio Porras Cabrera p. 138 , Manuel Rámila p.141, Antonio Ramírez Almansa p, 147, Mercedes Sophía Ramos Jiménez p.150, Ana Recio Mir p.153, Ricardo Reina Martel p.155, Juan Emilio Ríos Vera p.159, Antonio Rodríguez Jiménez p.163, Rosa Romojaro p.165., Luis de la Rosa Fernández p.169, María Rosal p, 175, María del Valle Rubio p.177, Encarnación Sánchez Arenas p.180, Solange Sand p.184, José Antonio Santano p. 187., José Sarria p 193., Jesús Solano p. 199, Almudena Tarancón p.201, Aziz Tazi p.203, Albert Torés p.210, Antonio Varo Baena p.213, Francisco Vélez Nieto p.215, José Juan Yborra p 223., Corona Zamarro p. 225

EMILIO BALLESTEROS

SEÑALES

Estas manos que cortan la granada
y se manchan de su zumo
se irán.

¿Son entonces la broma que el azar dibujó?
No creo.

Dejan cuando se mueven en el aire señales
que se ven más allá.

Las estelas del viento hablan de algo que existe
donde no llega el tiempo.

Y este zumo que salta derramando su rojo
también.

SE FUE LA JUVENTUD

Se fue la juventud
como una rosa blanca de niebla
sobre el viento.

Se fue.

Luego la lluvia
dejó por los tejados su brillo
plateado. Acero blanco.

Como hierro
forjado en el silencio.

Los pájaros mojados se miran en los charcos
y ven pasar la vida
mientras la calle suena como un órgano.

HABLÁBAMOS

Hablábamos de gente que había muerto
como de algo ajeno que no nos pasaría.
Y ahora nos damos cuenta
de que algún día otros harán lo mismo
al hablar de nosotros.

MOMENTO

El sol me da en la cara. El viento me sacude. La arena me golpea.
Sobre la mar la luz dibuja ópalos de fuego.

AHORA VEMOS

Creíamos que la vida era un río sin fin
cuyo transcurso lento se recreaba en juegos,
torrentes generosos que iban de uno a otro
como noria febril.

Y ahora nos damos cuenta
de que se acerca al mar
y todo fue tan rápido
que el campo se esfumó
y acúmulos de barro se agolpan en el delta.

Lo que habrá más allá
las estrellas lo saben.

Ahora la luna deja
una dulce tristeza en la orilla
y la noche
se cierne sobre un cielo
que fue azul en abril.

DAME LA MANO

En esta hora triste al fin del día
dame tu mano, amor, que se hace oscuro.
Dame tu mano, amor, que en ti lo puro
es como el manantial de la armonía.

Contigo en la alta noche yo podría
surcar entre las sombras por seguro
camino con firmeza y, te lo juro,
con tu mano, si no me moriría.

Lo que me das no sé qué tiene, amor,
pero mi corazón se siente fuerte
contigo de la mano y no hay horror
cruzando la angostura, que quererte
frente a la soledad me da valor
para enfrentar la sombra de la muerte.

ESPACIOS INFINITOS

Y ese silencio negro del espacio infinito...
Si es tal silencio, ¡qué dolor!
Pero si hay una música celeste
que llena ese silencio de sentido,
qué hermosa vibración que anota en el vacío
una declaración de amor ensimismado.
Amor en el silencio o dolor en el latido,
vibrando en los espacios su ritmo inadvertido.

FRANCISCO BASALLOTE

A qué página vuelvo
que no me inunde luz.

Qué viento me acaricia
que no traiga en sus alas
aquellas nubes
de encendidos grises
y fulgores de oros.

Qué lluvia que a su paso
no deje el recuerdo de tierra
mojada en los arriates
del corazón.

A qué tiempo regreso
Que no seas tú.

CARLOS BENÍTEZ VILLODRES

EL NIÑO CARTONERO

Le mataron la risa y la inocencia.
La alegría emigró de su vergel
sembrado de miserias, de erupciones
persistentes de hambre y de tristeza,
de abismos sin salidas, de carcomas, de humo...
A su paso jamás se detuvieron
los juegos infantiles, ni el aroma
sutil del beso, ni el amor de soles
radiantes, satisfechos.
De un hilo de la nada pende toda su vida,
su grasiento rastreo bajo un cielo con plumas
de lechuzas prehistóricas,
su desnudez, su ímpetu a raudales...
Noche a noche camina
entre basura y ratas
en busca de tesoros desechados
por familias que pueblan su universo.
Remueve y vuelve a remover mil veces
los nauseabundos desperdicios. Mira,
con sangre en sus pupilas, la herrumbrosa
carga recolectada.
De ella conseguirá unas pocas monedas
para su subsistencia y la de esos viajeros
amados que, con él, desde siempre, conviven.
No hay en mis ojos lágrimas. Tampoco
hay en mi esencia odio,
ni rencor, ni venganza...
Solo mi inconformismo, mi innata rebeldía,
mi ansia de erradicar
injusticias, pobreza, agonías constantes,
desigualdades, paz enmascarada...
refuerzan la energía de sus pulsos
ante la sed y hambre de vida venturosa
del niño cartonero.

JOSÉ CABRERA MARTOS

CASA TOMADA

(CANCIONES DEL HOMBRE DESAHUCIADO ANTE LOS RELICARIOS
Y EL CIPRÉS GRANADINO DE SAN JUAN DE LA CRUZ)

Todos tienen el derecho a disfrutar de un medio ambiente [...] de una vivienda digna.

Constitución española, 1978, Art. 45 y 47

*¿Adónde te escondiste,
amado, y me dejaste con gemido?*

San Juan de la Cruz, *Cántico espiritual*

Pero cómo encontrarte
si el mundo conocido está cambiando
porque nunca tuvimos suficiente.

Y te fuimos

partiendo los iguales como al *pan*:
Tu amado las montañas, el *nuestro* el aire impuro.

Hoy desde esta ladera acristalada fielmente
pública no se ve al sereno hombre o cielo
abriéndonos el pórtico del bloque,
del arca, el cuerpo.

Aquí donde ahora ves
tan solo un relicario, tuvo una llave el alma
para ascender al cielo ante los mártires,
tuvo, de lo que cae, la lluvia descendida en
el ciprés y el espacio de semillas
aladas cincelado, de raíces
sumergidas el tiempo. Aquí hubo agua y sed,
hubo un jardín y un bosque donde pudo
crecer un corazón, un ciervo no talado, un
alma o nube que pasa a desnudarse en los círculos
del agua concedida.

Mas no tú y
quien tu cuerpo cruzó.

Cuántas veces golpearon a mi puerta
sin cielo, nunca estabas
como siempre estuviste
en tu casa encendida con la luz apagada.
Hoy me han cortado el suministro también como

voto obligado a la pobreza, noche
oscura, mientras otros se elevan construyendo
moradas exteriores y el consumo
de luz se ha disparado
para ahuyentar la oscuridad interior.
Aquí donde ahora ves solo un ventalle
segado de falanges hubo un huerto
y una llama de amor
viva, como aquí donde
tan solo ahora escuchas el vacío
de una casa tomada por el eco.

Pero cómo encontrarte
entre tantas devastaciones, fuertes
o fronteras, maderos para náufragos
y adoradores del pez de tres ojos
estando ya tu alma por los cedros
de Úbeda. Todo está dentro de ti, es inútil la búsqueda.
Pero cómo encontrarte aquí en un cuerpo
trinchado como un pavo, aquí en un bosque,
relleno de azucenas, talado de cristales, repartido
en el banquete de los relicarios
como imposible alimento mortal
para el espíritu del hombre.

Nunca

construyendo moradas
exteriores para la eternidad,
tras la muerte del clima conocido.

Según afirman los informativos: “En 1992
los expertos sometieron el cuerpo del
santo a un proceso de eternización,
garantizan su incorrupción durante
los próximos 500 años”. A esa misma hora,
veinte años más tarde, informan imperturbables
del número creciente de cruces en los bosques de ladrillo.
Se desconoce si fue un árbol o fue un hombre
el último de los entrevistados
por el gusano de los sufrimientos
ajenos el día de acción de gracias.

*Ahora sé cómo encontrarte: descalzo,
creciéndome ante las adversidades,
estando ya mi casa desahuciada, sin otra
luz, ni guía, sino la que en el ciprés ardía.*

Abrieron los cuchillos
las entrañas del pájaro.

DIEGO CASTILLO BARCO

EN LA NOCHE

Estaba la ciudad dormida,
recogida en los ecos nocturnos
de los pasos transitados en las horas de las luces.
Infructuosos acordes del día se hacen presentes
con la llegada del silencio.
Los ecos pueblan las calles
como insectos microscópicos
hijos del neón y de los miedos solitarios,
y se acogen en esos instantes
en los que la oscuridad los hace más cercanos,
puesto el rostro de la soledad enladrillada.
Es entonces cuando el tiempo,
sin saber lo que podemos ser,
sin figura, sin cuerpo,
se hace más humano:
Más tú, más yo, más nosotros,
más todos y ninguno,
y entra en un concierto de disparatados desatinos,
de melodiosas composiciones,
de elevadas cimas,
y de rugidoras bestias del alma
que pueden hacer incomprensible e inútil
el abrazo guardado en la memoria
de otras fuentes bebidas, de otras notas.
Y nace a la par el dichoso amor, el venturoso amigo,
la mirada perdida y la negrura ciega,
y anda por doquier
la pálida muerte de infinitas hijas
asomadas a cada rincón, expectantes.
Vive la noche.
Cuerpos enlazados, cuerpos distanciados,
recogidos, soltados, agasajados,
vulnerados, deseados, imaginados,
pagados, buscados, soñados.....
En las calles
la espesa niebla se va componiendo
de alas, de besos, de sueños,

y de larguísimas soledades,
que son fruto de lo anterior
o lo anterior nació de ellas.
Se forma la noche lentamente,
aunque su realidad es más clara,
quizá, que el día, más humana,
porque como no se pueden ver las cosas
nos volvemos a nosotros mismos,
vagando por nuestra propia ciudad
como diminutas velas.
¿Qué andaremos siempre buscando?
corta y pequeña llama que espera todo un mundo,
toda, ni más ni menos, que una eternidad.

ELEGIA A LA EXISTENCIA DEL MATERIALISMO

Éramos dorados de llama,
pero la claridad de los años
nos muestra su impotencia ante los ojos :
quedamos en sobresaltos de luces
que nos transportan en ocasos sin lunas
a lo externo y sus olvidos.
Y llegamos con agasajos a la materia
a una mente deshabitada.
Andamos como descendientes incapaces de los dioses,
y recogemos en los suspiros del tiempo
demasiados signos de grandeza
en nuestros olimpos despoblados,
y perdemos los senderos de esos montes
borrados por oropeles y quimeras
sobre asonantes voces,
como díscolos hijos expulsados
en desarmonías divagando.
Locuaces perdedores de cielos
abrazamos deslumbrados e inocentes
el brillo del metal y sus afanes
mientras abrimos las manos cenicientas
al sollozo y la penumbra,
sin corazón que alzar
en la hora de los sueños.
Podredumbres de materia al fin,
el ser solitario,
medio perdido
entre amasijos de carne
que se van deshaciendo en la lenta estupidez
de los días,
se va quedando en las orillas
de los caminos del aire
que forman su verdadera esencia.
Se va quedando en resquemores
y en un hueco irrefrenable
de oscuridad, incertidumbre y malestar.
Desesperanzados, tal vez,

terminamos melancólicos ante el espejo,
sin fuego interno que reflejar ya.
La piel desconocida por los surcos de los años,
la frente descontenta por el desnudo abandonado
y el alma rebotante de tesoros
para la nada.

De El libro de las imperfecciones, 209

JUANA CASTRO

ABIERTA LA VENTANA

A Sara, que llegó y se fue con la primavera

Cuando llegaste, lágrimas.
Ahora te vas, y lágrimas.
De mar a mar tu vida, Sara, amor y lágrimas.

Traías un encargo, primavera
en las sienes de mayo
y eras tú primavera
latiendo en los gorjeos
de tu garganta herida.

Tu ausencia, ya, más larga
que los diez meses de tu edad.
Otra vez al viaje
retornas con los trinos
de abril entre tus dedos,
promesa de tu ser y de tu vida.

Abierta la ventana
y libre ya del peso
que tu carne oprimía,
volarás como el ave
que lo sabe ya todo y es dichosa
en el agua y los cielos
y en la tierra y el aire
que las flores respiran.

Salve, Sara, salve
a tu antorcha de música y milagro,
a tu leve perfume
que pasó como un lirio
y nos dijo despacio....

Qué. ¿Qué dices, qué nos dices,
Sara Swami, con tu eterno piar en las estrellas?

TODOS LOS DÍAS

A José Miguel, in memoriam

Como un huracán, desde el silencio
me silba tu dolor, como si fuera un látigo,
y la lluvia no cesa
de dibujar tu risa en las aceras.

Todos los días
te morirás cantando
y yo te sentiré
tan solo sobre el tiempo
donde mi voz alcanza
a despejarte el miedo de ser niño.

En las sienes me queda
la huella cristalina de tu paso,
tu infancia vertical, contra la nada
que siempre amuralló tu corazón de viento.

Y me quedan las manos, concavidad pequeña
donde fuiste granando y desgranando
en un polen fluvial las primaveras.

Tu molde en la mañana me desgaja
cada entraña de flor que me dejaste
y las fibras por dentro se me peinan
desenredando un pan como un cuchillo.

JUAN CLEMENTE SÁNCHEZ

CAIDA A LOS ABISMOS

Aun recuerdo como brillabas ahí arriba,
como un pararrayos impertérrito,
antes de caer exprimido al vacío,
a aquella opacidad opaca que te agota
en los entresijos de una hondonada de olvido,
empezaste a dudar en el fondo de lo conocido,
donde te encontrabas preso del abismo,
devorándote con los profundos ojos del vértigo
el punto de apoyo frágil de la ausencia,
fue una hecatombe quebrar en el fracaso,
desapareció la columna de la memoria, de pronto,
se había roto el contacto con lo vivido,
no había nada bajo los pies, más que derrota,
tragado por un agujero infinito de agobio,
deslumbrado de oscuridad, te has apagado,
al caer desplomado en las trampas de ti mismo,
lo que hasta ahora estaba abierto, divaga a ciegas,
se ha convertido en un muro inalcanzable,
cortando el hilo irrecuperable del pasado,
había un antes dulce que se ha evaporado,
manchado desde el otro lado de la ropa sucia,
no sabías quién eras en esta cúspide invertida
que extirpa la luz como un prodigio evadido,
que se fuga despacio en la pérdida irremediable,
irrumpe el ocaso desconectado de tus parpados
como una imperfecta amnesia de quedar en blanco,
contemplando con tristeza cómo pasa de largo
una renuncia al goce inolvidable que te desvive.

IMPLACABLE DERROTA

Como un mandato de la primavera,
etérea reconstruye el nido de nuevo,
desafiando a las incertidumbres
en la antena del devenir de la memoria,
revuelta en el retraso infinito
como un puente que vuelve a su sitio,
con su aguja insegura de tiempos diferentes
como un pararrayos en el que se posa,
intercambia deseos movedizos
de ecos lejanos extraviados de la especie,
cruzando espantos perpetuos
como una vigía en el mástil más alto
fluye forjando la vuelta del exilio,
enredada en el invisible goce de lo prohibido,
resiste allí las inclemencias del vacío,
vive la aventura fugaz de este momento,
no se distrae con las señales de humo
de los instintos ingenuos que mutan
en los clandestinos sueños imposibles,
insensible al desaliento que descampará
como ave que sabe que estamos de paso,
refugiados de la catástrofe, condenados
a la derrota implacable de la inmortalidad.

ITALICA, LAS PIEDRAS HABLAN

La mirada intuitiva no se cansa
de ver tus huellas desgastadas, evocando
la geometría larga y precisa del musgo
que resiste difuso bajo la tierra del recuerdo,
sin ser consciente del milagro oculto
del dibujo de tus colinas envolventes,
me froto los ojos para quitar distancias
a esa patina de las ruinas del tiempo.
Transito la senda incompleta de tus calzadas
que descansan del bullicio ausente, que palpita lejos,
en tus soportales inexistentes, que veo;
me cuesta abrir caminos excavados por las pupilas
de pasos que suenan en el polvo de los cipreses,
entre mosaicos que florecen imperfectos,
entre los colores de los pájaros perdidos
y los días de la inscripción arañada al mármol
que son una alucinación pulida y lapidaría,
un sueño que tambalea los restos profundos,
pisando el suelo de tus teselas firmes
respiro el olvido de tú efímera efervescencia,
el silencio clamoroso del lenguaje de las piedras.

ROSA DÍAZ

Voy a cerrar los ojos, para moverme
por *El jardín de las flores curiosas*
donde mi niña crece en un campo de sol.
Yo me he quedado afuera con el muchacho
que mira por el obturador, y hemos arraigado
a la tierra y somos también dos flores curiosas
que no saben moverse de donde están
y ya es de noche y vienen los gorgojos,
las aves vegetales de Magritte, la cuchilla de la cosechadora,
el fuego y el tiempo del barbecho,
y no pueden quitarse la erosión que los mineraliza
y los lleva a Rodin para un abrazo impíamente eterno.

-¿La niña ya no está?

Pregunto porque no sé dónde guardé mi juventud,
la sangre de mi menstruó, las reconciliaciones del amor,
ni por qué me olvidé de decirte que, en ti,
amé a todos los hombres.

Es la labor de envejecer, la que va volviendo de hiedra
y de hojas de parra la túnica que me cubre
para que me nazcan membranas en actitud de vuelo
y, no sé qué hago, en este palacio de gritos.

Ojalá fuera tiempo de pensar con la pelvis,
la que nos hizo santos perdonadores de los roces diarios.
¿Éramos del amor o de la oxitocina?
Porque domesticadas las caricias,
despertamos con la risa vacía
esgrimiendo cuchillos entre la mantequilla
y endulzando el café con palabras amargas.
Y fuimos ya dos líneas divergentes
que se daban la paz con el silencio y amor al ignorarse.
Que decían hasta luego como dijeron siempre
y se iban hasta nunca.

Qué confusión entre los besos y los incisivos,
seguramente la gimnasia mental que le imponía
a mi espíritu y la desmesura de mis cardiogramas

lo dejaban sin frío ni calor; es decir:
en el reino de los tibios donde yo no tendría nacionalidad.
Fue mi Omar, mi Kalhil, mi Fabricio, mi Hamlet.
Ahora, llevo los biorritmos por el suelo,
me levanto cansada y miro su dentadura:
ya sabes por qué le pregunto si vuelve de Transilvania.

Y fue pisar la sombra de la muerte, de ver cómo la muerte
es esa intermitencia de la vida cuya usura diaria
nos convoca hasta sustituirnos.
Así, el que tan hondo entró hasta avanzar dentro de mis anhelos,
junta su intermitencia con la mía y en esa inercia de vivir se muere.
Es ella la que deja de regar los abrazos.
Dueña de mi matriz, sabia madrina
de todo lo que empieza, llegó hasta el paroxismo
que promovía mi cuerpo, para complementarse,
porque ya estaba adscrita a mi primer deseo.

Eso era el castigo de mirar hacia atrás: un infierno
de pájaros que llevan en sus picos mi condición de piedra.

Ahora, si se levanta la arena hasta mis ojos
no lo hace el viento por maldad, no:
es solamente para que me llegue noticia de mi carne.

Ego te absolvo a peccatis tuis,
digo, perdonándole al tiempo,
que no pusiera al lado de mi sombra la mitad que le falta.

Mas la sombra me mira deshuesar las ciruelas
hasta que de su pulpa quedan mis manos amarillas.
Me ve pulsar el fuego y pesar el azúcar,
apretar los limones sin compasión, rasgar la canela,
poner la cacerola y rebanar la piel de la naranja.
Y cuando desciendo a la mezcla
de esos perfumes que haré comestibles,
me percata que huelo a sangre de fruta
y que no estaré libre de cierta crueldad.

Un repeluzno infame despelleja la piel de mis pezones
mientras que removiendo lentamente
engordo la tarea de hacer la mermelada.
El chup chup de un infierno disuelto en vaho me penetra,
me informa, me forma, me deforma, me transforma,
y el reservorio de mis emociones
deja lo que ya no soy y se dirige a lo que seré.

Cómo os cuento la pérdida que duele,
como desde las fosas duelen los miembros amputados.
Estoy adquiriendo “*El perfume*”,
parece que estuviera esperando a Grenouille
y es él el que pregunta adónde voy
con este cestillo de flores amargas.

—A llevarle a la abuela
la hiel de mis abejas, a sembrar este campo
de espinas no lejos del amor...

Fragmento de *Esperando a Grenouill*, 2013

JOAQUÍN FABRELLAS JIMÉNEZ

CARTA DE ANTONIO MACHADO A LEONOR DESDE BAEZA

Hoy, ahí los escuchas, se oye el rumor de los pasos,
porque ya no hay nadie y tú lo sabes,
alrededor del muro caído de esta ciudad,
hay una canción de piedra escondiendo su ruina,
en el límite borroso vagando en la noche oscura
que calma a este pueblo y sin piedad lo asedia,
en sus calles que a la niebla conducen,
a la luz de un cielo que deshace colores gastados
sobre techos, palacios y fuentes,
con letras de sangre de toro,
en muros nobles de casas sin nobleza,
avisando del fracaso de escudos y heráldica,
esa ausencia inaudita que no comprendo.

Yo aún no he escrito el poema que dije
que escribiría un día, pero te fuiste
tan pronto y tan joven, con ese olor a trigo
nuevo de tus manos pequeñas,
percibo muy cerca tu imagen tan viva,
pero no me devuelve el espejo tu cuerpo,
en esta casa donde vivo con un continuo reloj detenido,
incapaz de acabar con el tiempo tan cruel
que recuerda tu partida muchas veces al día,
un tiempo inventado que mide la distancia a los labios,
se va huyendo tu voz recordada en un canto sin letra,
el dolor, ya lo ves, nunca sabe de músicas,
porque no hay nada afuera y tú ya lo sabes,
los pasos que ahora nosotros oímos no tienen presencia,
¡aquí la belleza bien urdida es un cepo!,
condena inconclusa que distrae los ojos del tiempo pasado,
en esta piedra pobre donde mancha su historia
este olivo preso que seca la tierra de la que nace,
mientras los ricos apuran sus vinos en mesas repletas,
dependen del humo sus bocas salvajes,
y lanzan al cielo la pura miseria,
contando monedas vacías,

llegarán a los bancos cargados de tedio,
nunca compraron el precio de nada,
iy vienen los hombres que anuncian más muertes!
desafían ellos con su rostro al tiempo
frente al débil reflejo de ventanas con lluvia,
en el café monótono debajo de torres sin iglesia.

Y no es el frío lo que a mí esta noche me duele,
el frío único del norte lejano,
junto al olmo hendido donde dejé mi otra vida,
la que vive en este lugar olvidado,
la que muere en palabras no escritas,
no es el frío de ahora, ¡tú lo sabes ya!
¿Lo sientes en el fuego helado del hueso,
ese frío distante y mudo,
la incomparable distancia que los trenes no entienden?,
tan solo el abstracto paisaje nos une de nuevo,
en esta hora en que todo pierde sentido,
porque temo que la noche fría
se quede para siempre con ella,
ten esta carta que quería escribirte
antes de que venga el olvido
a cambiar de sitio tu rostro, o mi memoria.

Inédito.

PALOMA FERNÁNDEZ GOMÁ

ÁNGELES EN EL DESIERTO (II)

A la memoria de Pilar Quirosa Cheyrouze

Aquella luz que en la arena se perdió
fue trasladada por ángeles
hasta el brocal del pozo,
siendo céfiro el agua nutriente
para la sed del caminante.
Más allá de las estrellas
perfila la noche su arco,
cuando la menta es ajena a los labios.
A veces acude el ángel de pies descalzos
dejando su huella en los surcos,
con sus plantas de otoño vivaz,
haciendo que la sombra se precipite
hacia el espejismo de la lluvia.
El rocío se cubre de luz
hasta inundar los pueblos y sus círculos
de un añil intenso
que siembran el néctar de muchas tardes.

MIGUEL FLORIÁN

PERSÉFONE

Para mí el pasado es, en algún sentido, lo más real.
Iris Murdoch

NOS esforzamos por transmutar la piedra en luz,
en hoguera la sangre.

Alzamos la mirada
aguardando una dádiva, el agua nueva,
la chispa de otra llama,
el tiempo renovado en las pupilas...

(Te miraba, y mis ojos se cubrían de muerte,
de la amargura gris de los destinos,
del secreto azul de la tristeza.)

Una gota de luz iba cayendo
hasta la sombra, diminuta,
en la mudez de los metales, en la inmovilidad de las esporas,
en el vuelo quebrado de los pájaros.

Una mano se ofrece,
una mano imposible que se abre
y no alcanza otra mano (de mujer,
ni de dios) contra la brevedad
de la memoria.

El hueco, el centro del temblor,
el ápice inerte de una brasa o una sangre
que se vierte en la multitud de las edades.

Y su dolor
que busca la palabra, que crece
desde la avidez del tiempo (de mi tiempo)
y aventa sus semillas.

No sabemos
poblar tanto destino. (No puedo
con la muerte, mejor que nos llegue adormecidos,
cerrados en la nítida infancia,

nunca ya la conciencia lacerada
que trama la existencia imposible).

Llora Calipso junto al mar
y Odiseo se aleja.

Y los ojos se velan con lágrimas antiguas.

Llora también Andrómaca
(llega hasta mí tu llanto, Andrómaca, la de los blancos brazos)
porque presiente la muerte de Héctor, de su esposo,
el más noble y recto de los hombres. Y Casandra llora.

Veo a Démeter
buscando a Coré, la doncella, en el mundo de los vivos
(y está muerta). Es Perséfone y habita en otro sueño.

Calipso
jamás regresará a los brazos de Ulises,
jamás se juntarán sus labios en el beso.

La brisa agita vidas
que pudieron ser mías y no supe apresarlas.
Y la carne se afana
por poblar otra existencia, otro cuerpo
lacerado por la espada del tiempo,
por el filo letal de los deseos (oh, ven,
un instante tan solo, confúndete en mi carne).

Regresa incierta el alba, otra vez se renueva
la antigua lumbre, para arrastrar la tierra
hasta su luz y volverla cristal.

Yo amaba su cuerpo.
Y estaba junto a mí,
imposible, rozándome.
Veo a la hermosa Inger
luminosa en su muerte.

Yo buscaba su aliento, el roce de su cuerpo.
Porque amaba su carne viva.

(*No me toques*, dijo el resucitado).

Aún la veo muchos años atrás,
en otro espacio:
 es un cuerpo perdido en el andén del metro.

 No parece posible
que este temor de sombras, que este muro de luz
devore la tristeza. Ni el lejano lamento de un pequeño,
ni el campanilleo de la cuchara en la taza de té.

Algo erró en mí,
una grieta muy breve
se abrió y trazó otro destino;
tal vez el tronco derrumbado
con sus hojas inversas.

Siento el perfume rosado de la adelfa
brotar en mis palabras.

Un instante, no te vayas, demórate un instante,
no te escondas detrás de las voces amables,
detrás de las miradas oblicuas
que se escurren sobre la superficie de los muebles;
el instante en que llegas a mí como una diosa
que emerge de las aguas.

Miro las velas de los barcos
como plumas que un amor imposible
abandonó en tu espalda
en la vida cerrada del origen.

El mar redondo, dorado, el mar...
(El mar, el mar...)
 ...un animal hambriento.

Como tus brazos, Perséfone, el mar...

(¿Existió aquella dicha
o surge ahora, vacía, en la memoria?).

Dormimos arrullados por el amor del mar
y no sabemos despertar.

El mar,
el mar... (que es olvido,
contra la crueldad del tiempo)

el mar que todo lo crea,
que todo lo destruye.

MARÍA JESÚS FUENTES

No puedo plegarme al rayo
o al caudaloso arroyo
porque voy de camino.
Voy de camino al mar.
Voy de camino a la ola,
al instante primero del agua,
a la nobleza fresca del origen,
al baño gestante
del principio,
al inquieto océano de las profundidades.

Voy de camino a la siembra.
Todavía rezuma la humedad
de la bulba tierra removida;
todavía, con la habitación del fondo empalada,
con la arena llenando el sarcófago,
hay campos de libre germinación.

Voy camino de la sombra;
a tenderme de noche sobre el puente,
a reposar sin huesos bajo el árbol,
a recorrer los valles sin sombrilla,
brincando, morena, sin sandalias.
Voy camino de la lucha,
buscando pelea en los Congresos,
en las manifestaciones, en los recintos,
en los acomodados pesebres de la prensa,
en el sur de las estaciones,
a mal recaudo, saando el pecho,
para que no rescinda la voz
ni predique del diablo la desidia.

Voy de camino al orgullo,
a aquel que nunca tuve, al que perdí,
al que se asfixió estrangulado
en las podridas sobremesas
de vacíos manteles.

Voy camino de la poesía,
del verso imposible,
de la pasión recíproca por las palabras,
del versículo, del palíndromo,
de la prosa profana y del himno único.

Voy camino del olvido,
de las hojas del calendario
entre las que cabalgo sin montura,
del incendio forestal de las semanas,
del féretro de los recuerdos, de la amnesia.

Voy camino de los sueños,
de la paz, del amor quizá,
si es correspondido,
de los anhelos prendidos en el parque,
de los charcos que no fueron pisoteados.

Voy de camino de la verdad, de la ilusión, de la mentira,
pero nunca, ya no, todavía no,
de ser yo ante el ojo ajeno.

MANUEL GAHETE

CALIGRAFÍA DEL MUNDO

¿Esto es vivir?
Juan Ramón Jiménez

¿A dónde vamos, dime?, me preguntas
cuando la piel antigua va dejando
que crezcan en la carne grietas inmarcesibles.
¿Qué luz en solitario nos alumbramos mientras sombras sonoras
estallan en los ojos de los que nunca fueron,
de los que no tuvieron más que olvido?
Es cruel este destino impuesto por los dioses
de quien solo los místicos,
iconos de la gloria, locos de su agonía,
dicen haber sorbido
la savia que los unge,
las alas que los lastran,
el beso que los nombra.

¿Quién nos niega la calma, el gozo, la justicia
en un mundo sin orden de leyes arbitrarias
que nos impone juicio, castidad y mesura
cuando las ansias hierven y nos quema la sangre,
y son sexo y amor idéntico deseo?
¿Qué infatuada armonía nos da la libertad cuando la noche
comienza a florecer en nuestros labios
y el cuerpo no reclama más que la soledad de algún retiro?
¿Quién conmina a creer en quien me llora
y pone flores secas en mi tumba
después de haber sajado mi garganta?
¿Cómo puede lo mío condenarte
a dejarte sin parte de lo tuyo?

Somos apenas nada en lo infinito y reclamamos todo el universo.

¿Cuántos niños y hombres y mujeres
deben sacrificarse todavía
para calmar la rabia de los próceres?
Seres sin alma, lerdos a las cuitas
del amor, la verdad y la belleza,

forzándonos con Atlas a soportar el peso del abismo,
dejándonos rodar, Sísifo necio, tras haber superado la escalada,
negándonos los frutos ofrendados por el mero arancel de haber nacido.

¿Qué muros nos separan,
qué estigma nos condena?
¿Qué preceptos obligan a las aves del viento,
a las flores tatuadas,
a los peces diáfanos?

No sé bien dónde vamos
cuando la muerte acude a descombrar los huesos,
cuando viene a adueñarse con sus dientes aviesos de todo lo vivido,
mas sé por qué este espacio que es solamente mío
se abrió sobre el regazo de la madre callada
para dar paso al grito sinocal de mi vida.

Nací para el amor. Lo sé, contraje
una razón, un qué desesperado
que sin estoque me arrojaba al ruedo.
Y es mucho más que amar y más que todo,
más que la sed y el fuego que reactiva
el desafuero ciego de mirarte.
Es saber que soy yo y que podría
con cada yo de un mundo solidario
mudar en verde sol el prieto oro,
una lágrima en aire de campana,
en ebriedad de dones todo el vino.

¿A dónde vamos, dime?, y me respondes
con la pasión colmada de vivirme.
A ese lugar sin límites ni jueces
donde den muerte al dios de la tristeza,
donde el amor gobierne en anarquía.

AURORA GÁMEZ ENRÍQUEZ

VIVAS AGUAS DEL HOY, PARTÍCULAS DEL TIEMPO

*La sinfonía
de la naturaleza.
llama al amor.
A. G. E*

Vivas aguas del hoy que contemplamos
al sentir como el tiempo se nos va
las horas cadenciosas van pasando
cuando se ama con alta intensidad.

Es el amor la fuerza de la vida
con él se siente el sol con más presencia
y el tiempo se nos va como sin prisas
sin él se vuelve triste la existencia.

Hay que inventar que el hoy ya fue soñado
para alcanzar el cenit de las horas
para invocar que somos nada y todo.

Hay que soñar para un mundo pactado
para un mañana eterno que es ahora
es ilusorio si se cae a plomo.

Como con gran asombro
puedes fingir que nunca sabes nada
caes como el rocío en la alborada.

JOSÉ GANIVET ZARCOS

CAPITÁN DE AZUCENAS

A Miguel Hernández

Huele a macho cabrío la manada,
a calostros, a suero, el alimento.
A esparteña raída la pisada
a maltrato paterno el desaliento.

Es de barro su voz milagreada
y en sus versos de barro sopla un viento
milenario de rifle y galopada,
de utopía y de cruel presentimiento.

Capitán de azucenas y reclamo
de cuchillos al cinto por si el amo,
de tormentas rodando por el suelo,

de metales y puños levantados...
los pulmones hundidos, encharcados,
y un hilillo de sangre en el pañuelo.

LABRADOR DE VERSOS

A Antonio Machado

Érase un río de fluir sereno,
un labrador de versos que buscaba
en los ecos del pueblo la palabra
que le hablase de Dios, de los recuerdos
placenteros de ayer, cuando era niño;
del hastío del aula, del juguete;
del amor que nos nace y se nos muere;
del andar que improvisa los caminos.
Un hombre bueno, espigador de sueños
por los campos dorados de Castilla
donde tuve un amor, donde la herida
de la ausencia creció dentro, muy dentro;
donde supo mirar con ojos llenos
de piedad y de hondura, de poesía:
el ciprés del Espino, la caída
de aquel olmo vencido y polvoriento,
el oscuro encinar que lame el Duero,
el roquedo de almagra en la colina,
la cigüeña en la torre... Y en Sevilla
el olivo, el jazmín, el limonero,
la guitarra mudable y tornadiza,
el discurso aristócrata y cansado
de una vieja nobleza de serrallo,
de blasones, de incienso y sacristía.

No quiso serlo, pero fue profeta
malherido por odios aventados
en los pueblos de España y desbocados
por los ciegos jinetes de la guerra.

Antonio se llamó y sigue vivo
en aquellos que nunca desesperan
otro milagro de la primavera.
¡Compañero del alma! ¡Viejo amigo!

¡OH PRADOS VENTUROSOS!

A San Juan de la Cruz

Álamos que adornáis
de ocre y amarillo
la colina desnuda, la enramada,
que intensa desveláis
la estela de su brillo
sobre el azul del cielo dibujada.

El leño consumido,
la rosa, y el jilguero,
y la casa en el monte iluminada;
el verso balbucido
trabado con esmero,
su presencia en el aire sustentada.

Allí vivir sin prisa,
presentirlo sin verlo;
sin mirada importuna, sin testigo,
gozar de su sonrisa
y a la mesa tenerlo
en las noches más tristes por amigo.

¡Oh prados venturosos,
si pasa florecido
como rumor de lirios y de fuente
decidle presurosos
que vivo desvivido
por contemplar su rostro frente a frente!

INMACULADA GARCÍA DE HARO

PODA DE INVIERNO

*Escribir un poema,
un nido donde guardar palabras,
dejar quietas las horas
para curarlas*
Fuensanta Martín Quero

Hay que cortar las hojas que nos sobran
dejar el tronco libre y pocas ramas
las raíces se afirman en la tierra
sin el peso del lastre que aguantaban.

Que no te tiemble el pulso de tu mano
en este frío invierno en el que habitas
hay que seguir el ritmo de los cambios
que en la materia informe germinaras.

Del muñón brotarán áureas palabras
que en júbilo convierten nuevas horas
en iniciados huecos cobijadas.

También antecedió a la noche el día
pero infinita no es ni la alborada.
No tiembles, te repito: corta y sana.

De Los perfiles del frío

ANTONIO GARCÍA VELASCO

DADAÍSMO PARA EL SIGLO XXI (y, de paso, un homenaje a Francisco Peralto)

Admitían los dadaístas que el arte no es cosa seria y a reírse del arte, con el arte, se aprestaron. Es una actitud diferente -o no tanto- a la de los manieristas. Cervantes fue el gran manierista y, con técnica y actitud manierista, nos dejó la mejor novela de todos los tiempos y culturas, el *Quijote*. Supo reírse del arte, con el arte, y consiguió la máxima expresión del arte literario. No existe parangón en las obras dadaístas.

Los dadaístas no daban importancia a su creación: "DADÁ que ha puesto a los periodistas ante la puerta de un mundo imprevisto, no tiene para nosotros ninguna importancia", manifestó Tristan Tzara en el segundo manifiesto (1918). Añade: "El amor por la novedad es la cruz simpática, es la prueba de un mimportacarajismo ingenuo, signo sin causa, pasajero, positivo. Pero esta necesidad es tan vieja como otras. Al dar al arte el impulso de la suprema simplicidad, la novedad, uno es humano y verdadero respecto a la diversión, impulsivo, vibrante para crucificar al tedio. [...] Yo escribo este manifiesto para mostrar que pueden ejecutarse juntas las acciones opuestas..."

¿Son las creaciones dadaístas obras de arte? Dando por supuesto que sí, nos manifestó Tzara: "Una obra de arte jamás es bella, por decreto, objetivamente, para todos. La crítica es por lo tanto inútil, no existe más que subjetivamente, para cada uno, y sin el menor carácter de generalidad". Y creo que podemos estar de acuerdo con él. Como estamos de acuerdo en que dadaísmo y, después, surrealismo contribuyeron a crear un lenguaje poético libre y sin límites. No obstante, como en una contradicción dadaísta, seguimos haciendo crítica como si quisiéramos imponer nuestro criterio al resto de los lectores. O, simplemente, manifestarlo como forma de búsqueda de encuentros, de comunicación, de salvación.

DADÁ nació como una necesidad de independencia: ni reconocía ninguna teoría ni buscaba ganar dinero con el arte: "¿Es que se hace arte para ganar dinero y acariciar a los gentiles burgueses?"

El arte, decía el dadaísta, tampoco está hecho para ser comprendido: "El autor, el artista alabado por los periódicos, comprueba la comprensión de su obra: miserable forro de un abrigo con utilidad pública; andrajos que cubren la brutalidad, meados colaborando al calor de un animal que cobija bajos instintos. Fofa e insípida carne que se multiplica con la ayuda de los microbios tipográficos". ¿Se refería a los best seller?

DADÁ se proclamaba "creencia absoluta indiscutible en cada dios producto inmediato de la espontaneidad". Y a la espontaneidad quería llegar, pero ¿qué es la espontaneidad? ¿La improvisación? Arturo Reyes decía que "educar es preparar improvisadores". Posiblemente tenía razón, pues, quien está preparado es capaz de improvisar soluciones adecuadas a los problemas imprevistos que la vida presenta. Algunos llaman creatividad a tal capacidad improvisadora. Pero ¿qué ocurre cuando el azar está mediado por máquinas como los ordenadores? Los dadaístas propusieron un divertido método para crear poemas que bien puede ser emulado por una aplicación informática:

Poema de Tristan Tzara: Para hacer un poema dadaísta

Coja un periódico.

Coja unas tijeras.

Escoja en el periódico un artículo de la longitud que cuenta darle a su poema.

Recorte el artículo.

Recorte en seguida con cuidado cada una de las palabras que forman el artículo y métalas en una bolsa.

Agite suavemente.

Ahora saque cada recorte uno tras otro.

Copie concienzudamente en el orden en que hayan salido de la bolsa.

El poema se parecerá a usted.

Y es usted un escritor infinitamente original y de una sensibilidad hechizante, aunque incomprendida del vulgo.

Si el método creativo resulta divertido en talleres de escritura creativa o en reuniones de aficionados, ¿qué ocurre cuando la computadora se encarga de cada uno de los pasos, con sus modificaciones pertinentes? El proceso será:

Lee un texto de un periódico, de un libro de poemas, de un archivo cualquiera, según la extensión que desee dar a su poema.

Separa las palabras del mismo (al clic en un botón).

Baraja las palabras (rápidamente, pues la máquina siempre es suave) y, a la vez, que las remueves, saca y copia concienzudamente en el orden en que el azar determine.

El poema se parecerá... ¿a quién? ¿A la mente lógico-matemática que creó los algoritmos adecuados? ¿A quien escogió -recortó- el texto? ¿Al autor o autora de este? Sea como sea, el resultado es siempre original y de una sensibilidad hechizante, aunque incomprendida por el vulgo.

La primera prueba que hice para ver si funcionaban los algoritmos para la creación automática de un poema dadaísta fue un texto tomado al azar entre una carpeta (digital) de poemas de amigos y, mira por donde, fue un poema de Francisco Peralto, lo que me alegró sobremanera. No solo por la amistad que me une con el autor, sino por el contraste que supone frente a la creación Dadá. En efecto, el poema elogia todo lo contrario a la improvisación, pues defiende el trabajo perseverante, la técnica depurada, la atención, la experiencia contrastada... Lo comprobamos en su texto:

CANON ÁUREO

(Vitrubio)

*El hombre debe buscar lo perfecto
(único camino hacia la humildad)
con serio y perseverante trabajo
cotidiano*

*jamás podrá quien dude
conseguir un adarme de belleza
pues nunca la rosa perfuma sin
la azada*

*imposible confiar en la
fortuna esquiva con el pensamiento
y el arte*

*La consecución de la
ciencia vendrá siempre por medio de
la experiencia contrastada mil veces*

*Así podremos vislumbrar siquiera
sea de forma oscura
el equilibrio
justo de la divina proporción.*

De este poema, sabio, equilibrado, perfecto, el ordenador, con inspiración dadaísta, recorta sus palabras, las lanza a una lista, bolsa o sombrero (*listbox* es el término informático); las va sacando una a una, como si de una mano inocente se tratara, y surge un texto caótico, sugerente, malvado y, acaso en algún verso, acertado:

*CANON humildad la Vitrubio veces contrastada
lo sea de la Francisco nunca
con la un equilibrio consecución la
El Peralto siempre en trabajo justo
el medio pensamiento de jamás perfuma
perfecto y belleza arte esquivada divina
hacia único oscura hombre imposible vislumbrar
ciencia de podremos serio de camino
de proporción adarme rosa mil Así
forma vendrá la pues buscar confiar
debe ÁUREO la y azada dude
siquiera por el la quien cotidiano
experiencia fortuna con conseguir podrá perseverante
sin*

Podríamos ponerle un título al modo de Tzara: VISLUMBRE DE LAS POSIBILIDADES DE LLEVAR A BUEN TÉRMINO CREACIONES ALEATORIAMENTE DADAÍSTAS EN EL SIGLO XXI. Pese al título posible, solo me quedo con un verso "Peralto siempre en trabajo justo". El azar también acierta a veces en sus sentencias: quien conozca a Francisco Peralto lo puede confirmar.

RAMÓN GONZÁLEZ MEDINA

JARDIN PARA TUS OJOS

A Mary

Ese jardín que ves está delante.
No te oprime la voz ni la mirada
ni cesa ante la luz ni es necesario.
Sí te llena los ojos, sin embargo.
Es absoluto y verde y es de aire
y su verdor te roza si te mueves,
si lo bebes despacio, si lo coges,
si te atreves a serlo y a tocarlo.

Es un verdor total y pequeñito.
Está lleno de infancias y recuerdos,
de un mirar hacia fuera y hacia dentro.
De esas cosas pequeñas, que de blancas,
ni siquiera te atreves a mirarlas
por miedo a que se rompa su cintura
y el corazón se quede como el hielo.

Existencia total de verde-magia
de todo lo que es tacto y nos devora
en la perplejidad de no saberlo.
Dejándonos pasar, verdes los ojos,
hasta lo inexplorado más exacto
del roce y el albor de la mirada.

DE REPUBLICAS

A Lupe y David

La casa es el clamor de cada instante.
Cada rincón unido, cada arista
deja ante sí la fuerza de uno solo:
ese amor de ser hombre, reflexiones,
memorias de haber sido otro silencio.
La cal de lo que es blanco, lo que muere,
la sed que va por dentro desde el aire.

La pared de la casa nos oculta,
el aire de la casa nos habita,
la forma de la casa nos encuentra,
el seno de la casa nos conforta,
el amor de la casa nos proyecta,
nos llena, nos ocupa, nos va haciendo.
La casa no es la casa... Es abismo...

República de vida concentrada,
exégesis de fórmulas perpetuas,
información y claustro primitivo.
República de andar cada mañana.
De ser en sí, de Ser, de amanecerse
en la mirada única de siempre.
La casa es encontrarse desde dentro.

BORGES

Este Borges de siempre no declina.
Es conciso. Se interna en la lectura
de los libros. Y en su magistratura
nos declara fervor y disciplina.

Nos inunda su voz. Nos encamina
hacia ríos de tinta y escritura.
Indagando su hacer, su asignatura
nos infunde valor en la retina.

Y nos habla de dioses y de glosas.
De su fascinación por lo profundo,
inquietando por hombres y por cosas.

Si dichoso no fue ser tan fecundo,
sus lecturas son pétalos de rosas
que propone sembrar para este mundo.

A RAFAEL CANSINOS ASSÉNS

*Yo he conocido muchos hombres de talento,
pero de genio solo recuerdo tres, y uno
de ellos es ciertamente Rafael Cansinos Asséns.*
Jorge Luis Borges

Esa luz que Cansinos da a su prosa
tan dulce, delicada y conclusiva,
tan de genio, tan honda y reflexiva,
nos orna de destellos nuestra glosa.

Con equilibrio sumo la desglosa
parándonos la edad más fugitiva,
infundiendo candor, sed pensativa
para la juventud más primorosa.

Y tornamos, buscando, de repente
su rigurosa voz por los caminos:
esos que endulzan literariamente.

Y con intransigencia de costumbre
nos llena de fulgores diamantinos,
hasta abrirnos los ojos con su lumbre.

JUAN A. GUZMÁN

PERDONEN

Perdonen, me cansé de ser yo.
Hoy me veréis con la sonrisa amarga
del hombre que no llora.
Me he cansado, perdonen.
(¡Me canso tantas veces...!)

No es signo de vejez, no.
Es signo de homínidos hambrientos
contra mamuts gigantes;
de esclavos ante pirámides y esfinges no acabadas.
Es signo de guerreros y espadas de guerreros y yelmos de guerreros
sobre guerreros muertos.

Es el signo del hombre tratando de abarcar a los restantes
en un mundo de hombres...
De crímenes divinos en una guerra santa;
de libertad; racionalismo absoluto; de un servil realismo...
Y mi cansancio es un tributo a todos que nadie me ha impuesto.

Me canso de cansarme tantas veces.
Tal vez, sea esta la razón por la cual muera.
Cdkeidmj)...O no. (Bsifrmjdl)...O sí. (Adlcmvn)...O no.
Y es que pesa, en ambiente y en memoria,
la historia de multitud de muertos.

¡Cómo pesa, cómo pesa, cómo pesa...!
Me oprimen esos hechos sin ser míos.
En la conciencia anciana de un abuelo,
en la conciencia abierta de un amigo,
en la conciencia oculta de un Estado,
en la conciencia, en conciencia nos pesan,
nos pesan esos hechos.

¡Cómo pesa en conciencia aquel diluvio,
aquella invasión bárbara,
el castigo sodomítico de fuego,
la manzana madura en el pecho de Newton,
la guerra ilimitada que comenzó Caín...!

Me gustaría haber muerto
en esos tiempos de temple y de ignorancia.
¡Cómo pesan los muertos,
y los hijos que murieron de los muertos!
los locos del pasado, los Magnos, los mendigos y héroes,
el Moisés de carne, el Moisés de piedra,
Homero con su Aquiles “el de los pies ligeros”,
el buen samaritano, el buen ladrón de Dimas,
el león de Numidia en los circos romanos,
los árboles de cedro en las naves fenicias...
Los siglos y los siglos de experiencia.

Pensad mi procedencia y mi destino,
¿de dónde a dónde voy?
Y me elevo, y me canso de pensarlo,
y, derrumbado, caigo en bosques aborígenes,
en los desiertos blancos de animales marinos,
en las charcas de Europa,
en el barro de España,
en un cine de Huelva,
en mi cansancio.
...Antes que yo, ya se han cansado muchos.
O no... Tal vez, no esté cansado...O sí.

Perdonen, me cansé de ser yo...
Tal vez, nunca lo he sido;
Tal vez, hoy, quiera serlo. ¡Y cómo...!
¿He de olvidar la Historia?
¿Proyectar el futuro?
¿Ocultar el presente?
Mejor será decir, sencillamente, que no existo.

Huelva, 1972.

CASI TODO ES ASÍ

Casi todo es así y todo es casi...
Casi siempre se ama y el amo es casi.
Casi, donde hay amor, se envidia dónde.
Casi junta la envidia va del odio.

Casi... casi perdonas, pero nunca.
Casi nunca, nunca está en la mente.
Casi nunca, nunca es de repente.
Casi llego a tiempo y solo llego.
Casi ves lo que has hecho y solo haces.
Casi va y casi viene y no se mueve.

Casi siempre se gana y gana casi.
Si por un casi ganas, has ganado.
Si por un casi pierdes, vas que muerdes.
Casi todos son pobres, casi todos.
Casi todos luchamos, casi todos.
Por un casi, tú, no eres mi hermano.

Casi toda la vida es recuerdo.
Casi siempre los muertos se recuerdan.
Casi todo, siempre, es vida o muerte.

MARGARITA HANS PALMERO

SOBRE LA MEMORIA Y EL PASO DEL TIEMPO. ESPACIOS DE MEDITACIÓN SOBRE LA EXISTENCIA Y LA CONDICIÓN HUMANA

¿Se apoya el paso del tiempo en el recuerdo, y por tanto en la memoria? ¿es la memoria quién sostiene al tiempo? ¿o es el tiempo quién sostiene la memoria?

Dicen que el hombre es el único animal capaz de tropezar dos veces con la misma piedra. Quizás tenga mucho que ver, además de la genética, la percepción que el ser humano tiene de su existencia y cuanto le rodea: nuestros orígenes, cultura, fundamentos; para que todo ello perdure es necesario el reflejo y la custodia de las experiencias acontecidas. Esa realidad tangente, que luego queda diluida en trama de hilos de luz, que forma estelas de lo ocurrido. Esa huella incandescente que se forma en nuestra conciencia y a la que llamamos “memoria”.

¿Pero es nuestra memoria fiel?

El tiempo es a la vez aliado y enemigo de esa percepción que la nutre. La memoria ha de ser alimentada, nutrida, entrenada. Aun así, el paso del tiempo hará su mella en ella, al igual que lo hace con todo aquello que se le acerca, como el paso de un río por su cauce. A simple vista todo permanece, mas nada más alejado de la realidad, pues el cauce está en constante movimiento y jamás atraparías en tus manos la misma gota de agua.

Así es la memoria y el paso del tiempo para los humanos. Puedes recordar un suceso con total seguridad y veracidad fotográfica, más el paso del tiempo irá coloreando de distinta tonalidad algún que otro detalle y aplicará distinto filtro a un mismo recuerdo. Ello nos lleva a reflexionar sobre el hecho de que, tan solo una parte de nuestros recuerdos se mantendrán intactos como partes de un pequeño milagro. El resto serán cercanos, casi fiables, pero no del todo certeros, pues el propio paso del tiempo los irá amoldando a su antojo.

La condición humana será por tanto quién además determine esa veracidad. El propio paso del tiempo marca los ritmos. Dicen que aquellos que no recuerden su historia, estarán condenados a repetirla. La evolución es constante. Nuestros abuelos nos contaban historias de su

niñez, y de la de sus antepasados, y mantenían vivos recuerdos como si fuesen juglares de un tiempo anterior. Anterior a ello, la memoria se guardaba a través de pinturas, música, inscripciones, esculturas, pergaminos, leyendas, arquitectura e incluso cuentos de viva voz transmitidos de generación en generación.

De nuevo esa condición humana que lucha contra el paso inexorable del tiempo, crea un nuevo sistema para salvaguardar lo que fue, lo que ocurrió, lo que somos, lo que vivimos. Una forma de luchar contra la propia muerte y el abandono del ser humano. Una expresión más de “no morir jamás” es la de almacenar todo en esa otra memoria, la tecnológica.

La información es encriptada y custodiada a través de innumerables sistemas de archivo modernos que nos aseguran que esa información será eterna. Ahora no es la memoria quién sustenta el paso del tiempo, sino al contrario. El paso del tiempo sustenta y protege la memoria. Ya no es necesario memorizar, y se infravalora el recordar. Los avisos de nuestras agendas se encargan de ello, haciendo que nuestra mente se relaje. Y yo me pregunto. ¿Acaso no formamos parte de un engranaje llamado evolución de las especies? ¿Acaso no formamos parte de esa cadena que suprime lo que ya no necesita?

Las relaciones sociales se forjan a través de redes en cuyo otro extremo se desconoce quién mueve los hilos. ¿Aliados de la memoria, o aturdidores de la misma? Los espacios confluyen hasta el punto de que el ser humano se ha hecho dependiente. Observar en un café el espacio que te rodea es sucumbir a la tristeza de ver cómo la conversación no siempre es el primer plano, sino que en la mayoría de ocasiones es algo que subyace a ese toque, ese timbre o pitido que tu móvil emite. “Tienes un mensaje”, “Una nueva solicitud de amistad”. ¿Y las viejas? ¿recuerdas su número de teléfono? ¿su dirección? ¿cuándo era su cumpleaños?

Se hace necesario el equilibrio entre la memoria vivida y la adquirida. ¿Hacia dónde vamos entonces? ¿dónde está nuestro camino? La sociedad se divide entre aquellos que buscan el equilibrio entre paz y salud mental, a través de esos espacios de meditación y potenciación de aquella memoria que puede definir nuestro futuro a través de lo que vivieron nuestros antepasados; y aquellos otros que conforme más

avanza la tecnología y las interacciones sociales a través de la red, utilizan la memoria como mero vínculo informativo de algún hecho conceptual.

De todo lo expuesto que al fin y al cabo no dejan de ser meras apreciaciones de mi propia conciencia, solo añadir que se plantea meditar sobre esa necesaria balanza de poder.

Memoria y paso del tiempo no deben ser enemigos, sino aliados. La memoria ha conseguido vencer al paso del tiempo subyaciendo en nuestro subconsciente a base de esos pequeños detalles que no apreciamos. Por ello tenemos miedo a los animales salvajes o a quedarnos solos en la noche. Porque nuestra memoria colectiva nos recuerda aquellas épocas pasadas de caza y dominio donde el hombre, era el animal más indefenso de la selva. Por ello sabemos que sin lucha no hay premio, que sin objetivo es difícil la constancia... Que el cuerpo ha de ser entrenado, y la mente, también. Nos preocupamos por nuestro aspecto físico, por ocultar el paso del tiempo, mas, ¿somos conscientes de que cada vez son más los casos de enfermedades como el Alzheimer? Enfermedades que suprimen la memoria y diluyen el tiempo. ¿Es acaso una venganza de nuestra propia existencia? ¿qué sería del tiempo sin la memoria? ¿de qué sirve vivir eternamente si no puedes recordar quién o qué eres?

Protejamos la memoria, respetemos el paso del tiempo, y ya puestos, aprendamos a vivir.

ANA HERRERA

EL REVISOR

La vida sigue su curso hacia las puertas del siglo XXI y ahora estoy aquí en el Regional Express. Quiero que mi experiencia sea múltiple en todos los sentidos y en estos trenes regionales tengo ocasión de observar a la misma gente durante un tiempo bastante prolongado y puedo indagar en el alma humana sin que ellos se den cuenta. El caso que despierta mi curiosidad es el de esta hermosa mujer de cabellos rubios desaliñados y aire bohemio. Lleva varios años haciendo el trayecto Ávila-Madrid en el Regional Express. Dos veces por semana sube al tren a las 8:30 en punto y baja en Atocha cuando el reloj se acerca a las 10:00 de la mañana. He creído oír que trabaja en el Museo Arqueológico. Bonita profesión, arropada por los restos de la cálida historia. Otro día oí cómo el joven que viaja a su lado, desde hace aproximadamente un año, la llamaba por su nombre, Ania. Ania es hermosa como nadie, posee el atractivo indulgente que sobrepasa los cuarenta y cinco años, combinado con una especie de herencia latina que aviva su finura, los rasgos de su rostro y sus modales de mujer educada. El joven debe rondar los veintinueve o treinta. Ella le cuenta que está casada, que tiene hijos en edad escolar y que es feliz en su matrimonio, si bien al pronunciar estas últimas palabras el tono de su voz ha dejado mucho que desear. Por supuesto, a mí, que estoy acostumbrado a escuchar tantas voces ajenas, no me ha pasado desapercibido. Él parece no entender su mensaje, poderosamente atrapado en la belleza de la fémina, Podría ser tu madre, No, yo sé bien quién es mi madre, le he hablado de ti. El cambio de conversación es patente. Mientras la escucha, el joven, atento, pretende desnudarla con su mirada, quedarse con lo mejor de su madurez interior sin perderse nada de sus finas caderas, de sus pechos abultados o de sus carnosos labios. Las manos de ambos juegan a ese juego peligroso del me acerco o no me acerco. Las miradas se extravían de pronto en el vacío en un intento por disimular el deseo de posesión para volver rápidamente a depositarse sobre la órbita de la persona deseada. Horas más tarde, el regreso. De nuevo juntos en el TRD de las 13:45 Madrid-Ávila. La hermosa ve en peligro su estabilidad emocional. Ahora hablan de la guapa e inteligente compañera que han dejado en el museo. Se llama Nerea y se acerca a los treinta y cuatro. Es la joven ideal para ti, Iván, Lo dices así, como si existieran personas ideales para otras, estoy seguro de que tú no puedes pensar con semejante simpleza, aunque en algo tienes razón...El joven calló de pronto, después, con la voz desmoronada, suplicó: Ania, nunca me prives de tu compañía.

Una vez más, los días siguen su curso, como la vida misma, como la sinfonía del tren, con la insistencia del mazo sobre la piedra. Mañana me voy a vivir con Nerea, estamos enamorados, vamos a darnos una oportunidad. Me alegro por ti, también por ella, pero, sobre todo, por ti..., ya no viajaremos juntos. Al decirlo, su voz volvió a apagarse, Quizás una vez o dos por semana, cuando regrese a casa a visitar a mis padres, a ella, a mi madre, le seguiré hablando de ti. Ania calló de nuevo y miró por la ventanilla del tren.

Fragmento de *Una mujer, una historia*.

PEDRO LUIS IBAÑEZ LÉRIDA

I

Persiguieron sus palabras alineadas en los renglones y las desnucaron. Qué recuerdo vivo más triste. Mi padre nos contaba historias. En las madrugadas mi cabeza no estaba conmigo. Me palpaba sin éxito. No la encontraba sobre mis hombros. Se había marchado en busca del eco que dejaban sus labios –los de mi padre- de cangilón resquebrajado remontando el agua. Describía con ese misterio distante y ausente pero querido, muy querido. Trascendía como un cadáver insepulto con los ojos abiertos y vacíos contando estrellas al raso de la noche. Era como si no reconociera que la vida andaba suelta. Fuera de sí. Nunca mejor dicho. Ajeno al cuerpo maltrecho y ensangrentado del recuerdo de la guerra y aquel hombre vestido con chaqueta blanca de lino, fusilado junto a otros cerca del río. Con flores abiertas y rojas sobre su pecho inmaculado y ese anillo que sobresalía en el dedo anular, que atrajo su mirada de niño. Siempre creí ver un gusano de seda con caperuza roja en el trozo de metal noble con piedra incrustada. La memoria revela las fotografías en blanco y negro. Las sombras andan turbadas por la luz. Ambas no saben donde colocarse. Leo a Bulgakov, Pasternak, Shalámov, Chukóvskaia, Mandelstam, Grossman. Persiguieron sus palabras en el viento que ululaba. No creyeron que en el silencio las encontrarían. Tan fecundas y displicentes como la voz de mi padre. Era persuasiva, doliente, nostálgica, escindida del mundo. Así era. Es. Duermo con las persianas levantadas. Me gusta ver en la noche y comprobar que la luz artificial de las farolas cercanas destila ese eco suyo trasapelado del tiempo pero intensamente vivo.

https://www.youtube.com/watch?v=6AIbZLICx_w

II

Toco cada objeto. No existe veneración en este gesto. Y sí ese acariciar inútil, sin más fin ni necesidad que rozar la añadidura del material del que están hechos. Cuando me asomo a los libros, mi mano queda a unos escasos milímetros y cierro los ojos. Comienza la narración de los hechos que contienen y aún permanecen inéditos. He creído entender –y convencido, eso sí, de sentir- que en cada libro se remueve el espíritu de un tiempo seminal. Por más que releo una obra, no es la misma. Qué dicha venturosa es esta que nos crece con la emoción pegada a los ojos y bautiza con frescura de novicio, una vez más, estos hábitos antiguos pero siempre nuevos. Más aún sí contemplamos esa concentración en otro lector y disfrutamos de su ensimismamiento. Se trata de otro miembro en la clandestinidad. El librepensamiento se refugia en la soledad impenetrable del lector. Acaricio el lomo y lo entresaco del estante en el que convive con otros. Los libros se hablan al oído y confiesan su pecado original: ser leídos. Al abrir sus páginas, un rumor marino se desdobra como *El viejo y el mar*. Incluso tengo la tentación de tragar un buen vaso de vino y rebelarme contra la muerte. Ernest Hemingway derrama sobre la caracola la resonancia de su escritura. Me la acomodo al oído y escucho las sirenas que Ulises rechazó. O más bien, que las ataduras impidieron. Todo aquel que escribe se desata de sí mismo con el ceremonial de un borracho que despierta sediento.

<https://www.youtube.com/watch?v=S4ovHLw9fos>

III

Viene por sí sola. Esa carta que aparece en el buzón. No se trata de una comunicación indeseable: bancos, compañías eléctricas o publicidad de lo menos imaginable, que transpira el olor contaminado del desecho inútil. Una carta franqueada que rasgue y desate nuestra lectura pretérita al leer nuestro nombre ondulado en el sobre. Ese tiempo vencido que no claudica y retorna para apostillar la vivencia en la caligrafía más o menos agraciada, pero salvajemente humana. Genuina en el trazo conmovedor, que inscribe el pensamiento que la escritura dispone al bias pensando en quién se piensa. Una carta es un pequeño libro de deseos que se deja en el aire de las manos que la recogen y entregan confidencialmente. Mi madre escribía con suficiencia analfabeta y aroma de lejía. Qué hermoso era descubrir en su mano laboriosa y dolorida por el trabajo, la mansedumbre de su fluir sobre el cuaderno. Ese contumaz empeño en alumbrar cada renglón como obra de ganchillo: anillo de hilo por encima de otro coronando la espuma de su abstracción. Poemas atrapados en el sinsabor y alegría de la vida. Tan sencillos y profundos como el juego de la rayuela y su ascensión a lo definitivo en cada salto. Pareciera que de sus letras redondas y esbeltas, cada falta ortográfica fuera el beso de un condenado. Tanta ternura para medir la muerte solo puedo escribirse con la letanía que resuena en la pérdida. Desando el recuerdo y desdoble esta carta, que recibo puntualmente de su memoria. Leo para conceder valor a este corazón ágrafo, escondido en las páginas del libro que nunca escribiré.

<https://www.youtube.com/watch?v=jy6fTf5Ywoc>

Fragmentos de *Samizdat, la caja celeste con tu nombre.*
Inédita.

Acompañan a los textos temas de la obra jazzística
de Brad Mehldau

VICTOR JIMÉNEZ

EL ATAJO

No es que yo viva para la añoranza
ni que, a menudo, ande cabizbajo
pero, si alguna vez se viene abajo
mi corazón y pierdo la esperanza,

si retrocede la ilusión y avanza
sombrió el desaliento, no hay atajo
mejor, para ponerme a salvo bajo
el cielo, que volver a la bonanza

de aquella luz, de aquella primavera,
de aquel tiempo de sueños sin frontera
cuando nada se sabe de la muerte.

No es que yo viva para la memoria,
pero el agua de ayer me sabe a gloria
cuando mi corazón no está de suerte.

De Tango para engañar a la tristeza. 2003

JOROS

ME SALVASTE DE LA MUERTE

Y no te entiendo. Pero yo
no soy sabio como lo eres Tú.
Me auxiliaste en un trance difícil,
y aún hoy, preferiría estar muerto.

No eres justo, no eres justo;
o al menos mi mente no te entiende.
Pero Tú, en tu infinita sabiduría
conocerás todas las razones.
Las que yo no comprendo.

Cuando iba a destruirme, viniste a mí,
en sueños, y me prohibiste matarme;
¡Y cuán tranquilo me hubiese quedado,
qué a gusto estaría ahora, pero no!
Estoy llorando porque no veo tu justicia;
porque no me haces ver las cosas
cuando debiera entenderlas para comprender.

Y, como me tienes ciego, quisiera estar muerto.
No soy feliz, Padre, en este mundo.
Mi vida es un sacrificio constante,
tal cual la veo ahora, una lucha tenaz,
por tu imperioso mandato, que no entiendo.

Tú no quieres que muera, y yo,
quisiera morir. ¿Dónde está tu bondad?
Si tanto fuere, debiera tener recompensa y no sacrificio, ¿verdad?

No comprendo tu Justicia, Señor;
pero soy muy torpe, un inepto humano,
que ojalá no hubiese sido nunca jamás,
de inútil que me has hecho. Has consentido
y, Tú lo sabes, mucha inmundicia sobre mí;
por tanto, ¿para qué me salvas, luego?

Debo ser muy insuficiente, Dios,
cuando no acierto a ver tus razones.
¡No aguanto esta soledad impuesta!

¿Por qué no me haces autosuficiente
e independiente, soberano de todos los dioses?
Ahí vería yo, que me estimas lo suficiente.
Ahí vería yo, que no me quieres mal.
Te amé antes a Ti y, luego, te amé
a través de tu creación, de tu obra.
Y por el amor tuyo, que subyace en todo,
decidí prolongar el tiempo de la constancia.

¿He pecado por eso, Padre mío,
acaso contra Ti, sin querer?
Si lo hice no fue mi culpa, soy ignorante.
Tu bello mundo me pareció un paraíso.
¿Es acaso malo, que continúe el amor,
que el amor perdure, que perviva?
Y, si no es malo, ¿por qué me perjudicas?
¿Por qué ley tan oscura me acercas
la negrura del mundo y sus zánganos?

Y si fuere justo, ¿por qué no veo
tu justicia? ¿Por qué no
me percato de tu misericordia?

Eres lo más excelso del universo
Y, sin embargo, no concibo tanta niebla
alrededor de los seres buenos, Celestial.
¿Es normal acaso, que sea tan mísero
en mi observancia de lo creado, Soberano
de todos los Dioses; es acaso normal
que sea tan regular en la visión tan pequeña
que tengo de las cosas que has creado?
¡Oh arquitecto, si me has salvado,
es porque debiera ser importante para Ti!
¿Cómo es entonces, que no soy capaz
de ver mi importancia en el entramado
de la gran obra de este orbe sincopado?

ENCARNA LARA

EN ESTA HORA

Era tu calle entonces un pañuelo de lino
tendido siempre al aire de la dicha primera.
En las blancas paredes pobladas de balcones
reía el terciopelo de los rojos geranios.
Las rosas cobijaban en los patios
la encendida mariposa del ocaso
y el arrayán cubría con sus ramas
la empinada cuesta donde nos conocimos.
Era tu calle entonces una flor en el pelo
a la que yo volvía para verte de lejos,
como el que vuelve a un bosque que de lejos le llama
por escuchar el canto de la lluvia en la fronda.

Fue tu calle una rama frente al sol del estío.
Un retazo de noche desvelada.
Una raíz con plenitud de árbol,
bajo el cristal de una piadosa estrella.
Por eso, vuelvo a ella en esta hora
donde un aura triste me saluda
a la par que florecen en mi pecho
la voz amable de las cosas profundas.
El amor, el ensueño, la esperanza,
la risa de María en la ventana,
la canción de Pablo en la azotea
y en el júbilo de otra madrugada
intacta la sinfonía de los grillos.

Tú, ya eres otoño en esa calle.
Calle de manantiales y de rosas,
de vida, de fragancias y alegría
que alrededor calladamente arden.
Suenan tu voz por la empinada cuesta.
Vuelvo a mirarte como la vez primera.
Hay una luz radiante en las cancelas.
Cruza la vida el raso de la tarde.
Sacia la fuente la sed de aquellos niños
que chapalean sus manos en el agua.
Vuelven a mí los jazmines del alba

y dejas de ser eterna lejanía.
¡Qué viva está tu calle todavía
en otra primavera transparente
con el oval de la luna en los tejados,
el trigo de tus brazos en el aire
y la espiga del alma floreciente!

ENCARNA LEÓN

AROMAS DE SOLEDAD

Se percibe en la casa un perfume
a hijos, a risas y alegrías.

Un olor a vida y sonidos dispares
con cadencias tempranas,
inundan las estancias de palabras
amadas con vértigo de años.

Ha pasado un tiempo por donde
pasaron unos pies decididos
o frágiles, trenzando las mañanas
con humeantes vasos repletos
de prisas y canciones primeras.
Ha nacido un vacío poblado
con voces de miel y caramelo
endulzando lugares abiertos
al paisaje, que antaño envolvía.

Va en silencio una madre
tan huérfana y asustada como
ese polluelo caído de su nido.
Busca, indaga, elabora las líneas
más sencillas, felices y claras
de su vida de entonces.
En su andar, indeciso y pausado,
descubre imágenes estáticas
en sus marcos de plata, de rostros
amables invitando al diálogo.

Sigue caminando.
Abre puertas, ventanas e ilusiones
y mira fijamente estantes recordados.

Sobre la cama el ratón de peluche,
Pinocho, un ETÉ muy simpático,
Piolín y Silvestre.
En un rincón, el barco inacabado
con numerosas piezas esperando

las manos que perfilen su forma.

Los trajes de gitana, airosos, alegres,
inundan armarios esperando la fiesta.

Ella, ahora,
se conforma con una memoria
de juventud perdida, cuando
disfrutaba, al calor de su hogar,
el aroma de niños que acariciaban
alcobas con pasos como ángeles
tan llenos de amor y de sonrisas.

FUENSANTA MARTÍN QUERO

Estoy aquí pero no estoy,
ni en este trance me quedo,
y, si me espero, no puedo
detenerme en lo que soy;
que aunque me quede me voy
sin despedirme. Reflejos
en esta sala de espejos
del aire, luz atrayente
confundiéndome la mente,
que de cerca pasa a lejos.

FOTOGRAFÍA ANTIGUA

*“la prolongada queja de un tren lejano abate
mi corazón rendido de pañuelos y adioses”*

Vicente Núñez

Enmarcadas figuras que la pared retiene
la mirada repiten, el color y el olvido
en ascuas apagadas, en las grises cenizas,
persistiendo en la sombra su intemporal destino.

Del congelado instante quisieran desprenderse
en su aventura quieta atravesando el siglo,
pero un camino impuso la hora que los tuvo
de irreversible ruta con único sentido.

¿Adónde fue la voz que el aire recogiera,
los cuerpos con su extraña concepción de equilibrio,
la nobleza del gesto cuando dos seres aman,
la ensimismada fuerza que los creó y deshizo?

El encuentro perenne en el cristal de ausencias
detuvo amor o fuego de encarcelado brillo,
en la mano la mano, en los ojos los ojos,
y en el mundo la vida con su fugaz delirio.

LATIDOS

Cada cosa del mundo tiene su pulso,
un corazón interno por dentro de su límite,
árboles o niños creciendo como
ramas fugaces en el tiempo,
océanos que mueven un silencio inconstante,
crisálidas o personas que transmutan
su soledad en lluvia de un destino
recorriendo senderos de inigualables formas.

Cada ser, cada sitio o elemento
ocupa su lugar y su inconstancia.
“*El mundo está bien hecho*”, declaró el poeta*.
“*Está bien hecho*”... Y aquellos que sentimos
el palpitar intrínseco de las cosas del mundo,
las nubes, los espacios abriendo en la alborada
la plenitud del día trashumante,
absorbemos cada molécula
de la piel bellísima de lo simple,
porque la vida no es más que
un cuerpo desnudo en la mañana,
y el corazón, el eco del vuelo de las aves.

*“Beato sillón”. Jorge Guillén.

CAPILLA REAL DE GRANADA

*Nuestras vidas son los ríos
que van a dar en el mar,
que es el morir;
allí van los
señoríos
derechos a se
acabar
e consumir.*
Jorge Manrique

Incólume la frente ante el altar dormita
una siesta de siglos de fría y blanca piedra.
Las manos ya posaron su amplitud redentoras:
extensión de un dominio en la ultrajada tierra.

La corona dormida junto al amado esposo
un resplandor sereno en la capilla deja
de sacro velo blanco. Los párpados cobijan
un descanso de mármol tras la lejana empresa.

Todo yace. El imperio, la ambición y la ira,
las hordas y su estela funeraria y sangrienta;
la aventura y la fe, el crepitar de huesos
sobre un tierra impropia, el oro y la grandeza.

La acritud y la paz. Todo yace en el mármol
como una larga tumba, como una boca hambrienta;
el esplendor callado del frío rostro pétreo,
el valor y el linaje, la dulzura y la fuerza.

Quieta ya su figura de paloma templada,
tras el oscuro plomo pernocta su firmeza,
la virtud y el vigor, la oración y la espada,
la mujer y la reina, el amor y la guerra.

LORENZO MARTINEZ AGUILAR

TÚ ME LLAMAS POR MI NOMBRE

Ahora que el nombre ha dejado de ser esencial y muere en cualquier ola de hierro

Ahora que todo nos invita al peligro de ser olvidados entre las ruinas de la memoria.

Ahora que somos un anónimo confundido entre la multitud con un lenguaje frío de rebajas, cifras y etiquetas.

Ahora que estamos numerados como fichas de un gran juego en un puzzle de pantallas digitales.

Ahora que alzamos en las fronteras muros grises y espinos como navajas de odio.

Ahora que vivimos en turbias torres sin ventanas.

Ahora que asistimos al tablero de ciudades sembradas de espasmos y escaparates engañosos.

Ahora... que ocurre todo eso, tu pronuncias mi nombre, como una melodía.

Tú me llamas con esa identidad de origen que me recuerda las primeras sílabas.

Tú me rescatas del anonimato.

Y mi nombre me suena en el corazón como una partitura con rumor de brisa.

Y esculpes sus letras sobre la memoria del tiempo del que estoy hecho.

Y el día se me hace sonido nuevo, vuelo de palabras llenas de luz.

Y mi corazón siente con tu voz una semilla de concordias.

Y mi pupila se dilata.

Mi nombre es lo único que me pertenece.

Y yo atiendo tu palabra como si acabara de nacer a los lápices que dibujan tus labios.

FRANCISCO MARTINEZ NAVARRO

ELOGIO DEL OLVIDO

Es un placer haber nacido otra vez, cuando los destellos extirparon mis recuerdos. El olvido es otra interpretación de la realidad: gracias a este prodigio de mi mente, la memoria ya no me fustiga y estas luces que se mueven -¿fuera de mí?- como si hubiera nacido yo con ellas, son mi nueva familia, mis nuevos colegas, mis nuevas novias. Sin pasado se vive mejor entre las sombras.

Cuando llegué no suponía que el tiempo tuviera tantas aristas. Por eso cercené mi pasado, como una lagartija puede desprenderse de su cola para huir del peligro.

Yo soy más importante que mis máscaras: aquí soy el actor principal de mi drama. Sin futuro, lo más importante de un viaje es el viajero.

Ahora que sé que la verdadera humildad es reconocer lo que necesito y cogerlo. También sé que la verdadera soberbia es suponer que no necesito nada, que no soy como los demás, que estoy por encima de ellos y de sus necesidades... La verdadera estupidez es no llegar a ser humilde.

Estoy vadeando abrazos. Será porque, a pesar de que no recuerdo quién me las hizo, me escuecen estas rozaduras de mi piel enrojecida, que ahora puedo mirar sin derramar una lágrima. No quiero una cuenta más en el collar de adioses que adorna mi cuello.

Vuelvo la cara ante quien se cruza conmigo en la acera. Esas bolsas de basura son exclusiva propiedad vuestra. Siento el mármol en que se está convirtiendo lo que hasta ahora ha sido mi cuerpo. La soledad de los que aún me ven no me incumbe. No hacer nada, pasear en la noche y esperar el metro que nunca llegará, porque yo tampoco llegaré a ningún sitio...

Si llenara la calle de perdones, no quedaría ni un adoquín libre para colocar una sola culpa...

La rabia cansa; el odio agota. Desde mi eterno presente, renuncio a la réplica. La ciudad y su contraluz están tiñendo la esperanza de gris y sepia. Es el retrato de este olvido que elogio.

PACO MATEOS

PUERTA DE LA GLORIA

Puerta de la gloria
flor del paraíso
labios de embeleso
cáliz de ventura
tu boca.

Tu cuerpo brillando
la espuma del mar
lamiendo tu piel
sol del mediodía
cegando tus ojos
tu sonrisa fresca
pintada de azul.

La dicha es un trago
que deja resaca
brumosos recuerdos
sombras del ayer.

Mereció la pena
la vida que vuela
a ninguna parte
sin decir adiós.

JOSÉ MARÍA MOLINA CABALLERO

I

RULETA RUSA

Esta noche mi tez será de nuevo
la larga sombra de los eucaliptos
y el perfume vacío de sus ramas
en el frío crepúsculo, negrura
del rumor de mis ojos derrotados.

Esta noche veré tu blanco rostro
de luna embadurnada de memorias
y olvidos refulgentes con vigili-
as de la magia imposible del pasado
y el fragor implacable de la herrumbre.

Esta noche saldré con mis recuerdos
a lugares recónditos y a viajes
con los que recorrer los precipicios
indomables del cielo y levitar
entre la bruma de la noche oscura.

Esta noche daré de lado al tiempo
testimonio cruel de las horas turbias
repletas de nostalgia y soledad;
acariciaré mi cara y mis ojos
con miradas de triste indiferencia.

Esta noche me iré con las pasiones
que palpitan difusas y descienden
en el devenir de los horizontes
de los días y las noches de silencio
sin degustar su esencia misteriosa.

Esta noche podré despilfarrar
mi suerte y mi fortuna en la partida
de arrecifes con sus fauces de fuego.
La derrota es segura. Siempre triunfa
la baraja de las cartas marcadas.

Esta noche daré mi vida entera
y cerraré las puertas de mi risa.

De mis labios saldrá mi último aliento
humedecerá mi tez moribunda
y romperá mi cuerpo para siempre.

Esta noche estaré muerto y sin sombra,
y nadie echará de menos mi rostro
caduco de nostalgia, sin estrellas
y sin caricias, sin luz y sin vida.
Ahora, con mis heridas solo siento
el frío metal en mis dedos manchados
por la sal de la sangre derramada.

II LAS ARISTAS DESNUDAS DEL RECUERDO

Es mejor reposar en el asfalto
de mi sonrisa para preguntarme
por la vida y los tiempos no vividos,
lágrimas modeladas en mi frente.

Nos perdemos en la ruta de vuelta
y las verdades se nos oscurecen
dentro del vestidor del dormitorio,
suspiros del perfil de la nostalgia.

Las oportunidades se disipan
en las paredes de las cicatrices
y las sombras estériles del llanto,
surcos de la memoria de los sueños.

Los misterios del alma se transforman
en mensajes hirientes y espejismos
fraguados en promesas vigilantes,
carcoma de los rastros de las horas
y sus incomprensibles horizontes.

Es mejor explorar los territorios
más profundos de los cauces del alma
en busca de la luz de nuestras vidas,
del bálsamo que sane las derrotas
y el hambre de doctrinas verdaderas.

He olvidado mi nombre y mis perfiles,
el color de mis ojos, mis pestañas,
mi pelo, y hasta mis sueños de niño.
No tengo firma ni caligrafía
ni huellas por descubrir en mi pasado.

¿Por qué la luz de la vida eclipsa
las aristas desnudas del recuerdo?

ANTONIO MORENO AYORA

LA DICHA DE LA MEMORIA

I.- Vuelve aquella luz

En aquella tierna edad
no era consciente de cuánto
le fascinaba a mis ojos,
pero el tiempo lo guardó
y ahora lo regurgita
con total belleza ecuánime.

Aún entonces las calles
para todos los caminos
se abrían complacientes,
aunque en días posteriores
de ellos solo uno eligiera.

Caminar, mirar, reír
eran sombras de la dicha
y ofrecían los balcones
impolutos, los paisajes
que mis pasos hollarían
al transcurrir de los años.

Inconsciencia y luz, palabra
virginal me acompañaron
en mi infancia y juventud...
Por eso, cuanto hoy sea
de aquellos días azules
procede, y en el momento
de mi actual cuajada edad
rebrotó en la emoción
y la belleza tan sutil,
largamente acumuladas.

II.- Recuerdos

Aquí están mis días cuajados
de ilusión y sutil nostalgia,
aquí aquel dado de la suerte
que una sola vez yo tiré.

A fin en su azar me envolvió
para curtirme en mil mareas
y abrirme también los caminos
que tanteé con dudosa mano.

Horas vividas son
las que anduve por callejas,
por los jardines y plazas
de esta monumental Córdoba.
Inolvidables horas,
adolescentes o adultas,
prietas de emoción, cándidas,
enhebradas de apacible
soledad, íntimo código.

BELÉN NUÑEZ

Sobre la daga humana de las torres sin prisa,
sobre el dolor del muerto que sobrevive al héroe,
sobre la decrepitud,
sobre el hastío de las cosas nuestras.
Sobre el bermellón de la posdata,
sobre campos de refugiados,
sobre el vil metal,
la agonía difusa de los cráteres,
sobre la encomienda,
el dolor sutil de los huesos.
Sobre la morada de las cosas neutras.
Colmo a colmo,
así sobre sentado
diré que la poesía ha muerto
cuando las fisuras de las ciudades
y el roto de las almas
me hayan contestado.

JOSÉ OLIVERO PALOMEQUE

IDENTIDAD PERDIDA

En mi trabajo como voluntario con personas mayores, la mayoría muy mayores, lo que comúnmente se suele llamar mujeres y hombres ancianos, se viven muchas experiencias humanas, hermosas unas, dramáticas otras. En la relación personal con ellos, a medida que vas conociendo sus historias personales los vínculos de confianza y afectividad crecen de manera natural. Más aún cuando ya llevas muchos años tratándolos y percibes cómo van asumiendo la evolución de sus vidas fuera del contexto familiar que antes vivieron. Esa realidad provoca en unos, sentimientos de familiaridad que les ayudan a integrarse sin dificultad en un entorno que definen como su nueva casa, su nuevo domicilio; en otros no es lo mismo, comienzan a sentir una rebeldía que les dificulta esa integración para asumir su nueva realidad. Progresivamente esa actitud se va transformando en un deterioro psicológico que muchas veces es irreversible.

A toda esa carga de sentimientos y emociones positivas o negativas, según los casos, se suma lo que es inherente a los años que se van acumulando en estas personas: la presencia de determinadas patologías que afectan a su salud, unas arrastradas a lo largo de su vida y otras que aparecen por razones que merece la pena reflexionar. Cuando ese deterioro es de carácter psicológico o porque afecta a sus capacidades cognitivas de manera preocupante, se enciende la alarma del fantasma del Alzheimer, que muchas veces se confunde con una demencia senil progresiva. Para atender estos casos, se trabaja en lo que llamamos talleres de la memoria, como una herramienta que puede ayudar a estas personas a ralentizar esa dificultad para recordar lo inmediato o lo lejano en sus vidas.

Antes, decía que se viven experiencias gratas o dramáticas cuando se establece esa relación humana, consecuencia de este tipo de trabajo como voluntario. Quiero centrarme en algunos casos dolorosos cuando se perciben en ellos comportamientos y conversaciones que proceden de un deseo que emana de su mundo interior real para ellos, y así lo expresan, pero irreal en la evidencia de su situación. Aquí ya no aparece ni rebeldía ni consciencia de una realidad asumida o no: es una llamada continua a encontrarse con personas que ya no existen o al retorno a su casa, que ya no es su residencia. Son imágenes que se presentan en ellos o deseos de reencuentros que verbalizan con nerviosismo y exigencias.

Inquietud que se suele tranquilizar cuando se les habla con cariño y respeto. Al mirarles a sus ojos, aparece como una luz que se apaga poco a poco con un gesto de resignación y te regala una sonrisa de gratitud. ¡Cuánta humanidad brota del corazón de estas personas! ¡Cuántos sentimientos reprimidos que quieren volar al encuentro con sus deseos! Su consciencia, su memoria, su historia personal, ¿dónde se encuentran? Porque en su mundo interior se siguen construyendo esas imágenes y esos deseos, esa voluntad de ser ellos mismos, esa necesidad de sentirse vivos, escuchados y comprendidos.

Aunque en ese mundo suyo aparezcan oscuridades que ocultan la realidad de su vida, en los momentos de lucidez, si es que se producen, no recuerdan esas reiteraciones incoherentes que se suceden cada vez con más intensidad y frecuencia. Es como si se alejaran de su propia identidad y, en esos momentos, se sienten perdidos, desorientados; esa es la razón de su insistencia en repetir una y otra vez los mismos deseos que buscan las imágenes de sus seres queridos, encuentros que están fijados en su memoria y quieren retornar a sus lugares de origen.

Estos procesos de deterioro cognitivo, que no tiene por qué tratarse exclusivamente de la tragedia del Alzheimer, van provocando esa pérdida de consciencia de la realidad de su vida actual; el paso del tiempo va oscureciendo, como si se tratara de una ceguera que quiere ver y no ve, su identidad lo que les hace sentir inseguros. Porque ya no se trata de recordar o no lo inmediato o lo lejano de sus vidas, es algo más profundo y doloroso, es hundirse progresivamente en el abismo oscuro que les impide sentir la presencia de lo que es real en su vida.

JOSÉ ORIHUELA GUERRERO

¿REBELIÓN CONTRA EL PASO DEL TIEMPO?

Los seres humanos se suceden en la historia del mismo modo que los estratos se acumulan sobre la superficie de la tierra. Las personas que constituyen cada nueva generación se asientan sobre el territorio que ocuparon las de la anterior, a veces viviendo en sus mismas casas e incluso heredando los enseres que antes otros utilizaron. Y también, lo sepan o no, la arquitectura de sus sueños y sus ideas suele reposar sobre los cimientos que dejaron las ideas y los sueños de sus antecesores. Pero a la vez que esto es cierto, también lo es que cada hombre ha de comenzar de nuevo la aventura que es su existencia. Por grande que sea la herencia del pasado, son los que viven en cada época quienes han de decidir qué hacer con ella: aprovecharla para incrementar a su vez el legado que van a dejar a sus herederos, dejarla reposar para comenzar una nueva singladura en una dirección distinta, o simplemente tirarla a la basura.

Ruinas y fantasmas, en eso consiste el pasado. Cuando volvemos la cabeza hacia atrás vemos que a nuestra espalda se acumulan enormes cantidades de ruinas, mudos testigos de las obras de los muertos. Se calcula que más de cien mil millones de seres humanos han poblado este planeta antes de nosotros. Y parece que la única forma que tenemos de honrarlos es cuidar las ruinas que nos han dejado, lo cual no es más que el camino que el diseño material de este mundo nos ofrece para rendir tributo a su recuerdo. Es el modo que tenemos de hacerlos regresar del pasado. Porque como todos sabemos los muertos no vuelven a la vida y es la triste condición del hombre gozar de la existencia sabiendo que al final lo perderá todo y de él solo quedará, en el mejor de los casos, un puñado de ruinas.

Y no parece sino que los seres humanos nos hemos resignado a esa realidad. El tiempo pasa y nosotros con él. Pero, ¿y si nos planteáramos en serio rebelarnos contra ese orden de cosas? ¿Y si nos propusiéramos seriamente planificar un camino que nos condujera hacia la inmortalidad? ¿Y si tomásemos la decisión de invertir en investigación científica encaminada a solucionar los problemas del envejecimiento primero, y luego de la muerte?

Qué duda cabe acerca de que en el mundo hay muchas realidades que no son racionales, lo cual no implica que tengamos que resignarnos a soportarlas, tales como las desigualdades sociales, las discriminaciones por razones de sexo o el deterioro medioambiental. Pues bien, nada me parece más absurdo y sin sentido que la muerte. De hecho, considero que no es posible concebir mayor irracionalidad e injusticia, ni mayor enemiga de los derechos humanos.

Considero, por tanto, un derecho y un deber de todo ser humano rebelarse contra ese paso del tiempo que indefectiblemente conduce a la aniquilación de personas y culturas. Por eso me atrevo a proponer que nos levantemos contra el paso del tiempo y su hija natural la muerte. Me parece imposible encontrar una causa que aglutine con más fuerza los intereses de toda la humanidad. ¿Imposible? Creo sinceramente que esa es la excusa que con demasiada frecuencia ponemos para ocultar nuestro temor a luchar por lo que realmente deseamos.

Reflexión inspirada en la novela del autor
El Proyecto Salvación, 2011 y 2014

CONCEPCIÓN ORTEGA CASADO

EL TIEMPO EN LOS ESPEJOS

Observo mi figura en el espejo
en paz con todo el tiempo transcurrido,
con esas situaciones que he vivido,
y acepto como cierto su reflejo.

No exhorto ni asesoro ni aconsejo,
deploro parecer algo engreído.
Vivir de forma justa he pretendido;
admito que la vida te hace viejo.

No temo a la vejez ni a la inclemencia
de arrugas en mi rostro marchitado
testigo de la vida y su secuencia.

Quizás en los espejos he dejado
un halo de ternura y de paciencia
y un tono cariñoso y delicado.

EL TIEMPO EN LOS RELOJES

Cuando la primavera me habitaba,
era hermosa la imagen del espejo,
era tersa la piel sobre tu frente
y era un gozo vivirte cada hora.

Esas manos, que fueron mi refugio
cuando la sal y el pan se me negaron
y la lluvia anegó la clara aurora,
¿qué hicieron con mi hambre de mendigo?

Si no dejas la tierra semillada,
ni haces fecundo el tiempo que transitas...
¿qué siembras con tu paso entre la gente?
¿qué dádiva se niega al caminante?

Cae la noche y siento un estertor
en mis labios reseco y sedientos,
y el tiempo ha perecido en los relojes.

Ya se esfumó tu imagen con la bruma,
y el cristal empañado me devuelve
la mirada dudosa de la ausencia.

SE ME ESCAPA LA LUZ

No cuentes los minutos que se escapan,
no persigas la imagen del espejo
ni vigiles la arruga de mi frente;
tu mirada en la nada se evapora.

Las nubes derramaron ya su lluvia,
vertiendo, desgarradas, sus turbiones
en una tierra yerma con abrojos,
sin trigo para el pan del vagabundo.

Vagabundo del pan de tu sonrisa,
se me escapa la luz si no regresas.
¿Dónde queda mi dicha si te has ido?

¿Qué me queda de ti? Solo el silencio
de las noches sin luna, sin tu voz;
un estertor cansino sin un palpito.

FLUYE EL TIEMPO

Deja que fluya el tiempo muy despacio
pues no quiero que corra y se termine,
no quiero abandonar estos confines
y arribar a otro puerto y a otro espacio.

Prefiero disfrutar de estos jardines
que acogen cuanto tengo y cuanto siento;
todo lo que he sembrado, y alimento
con mimo y con amor como a jazmines.

No conozco ni intuyo otro universo
que el rincón que me acoge cada día,
yo dudo que este espejo en su reverso

contenga algún soñado mediodía.
Esa triste partida, sin regreso,
me invade de feroz melancolía

JUAN ANTONIO PALACIOS ESCOBAR

MALA PATA

Cuando la fortuna se desquicia o la mala suerte te persigue, no hay manera de que las cosas se enderecen. Uno se da cuenta de que casi siempre forma parte de las estadísticas negativas y que no hay cifra ni número que sea positivo o favorable. Es como un conjuro, un mal de ojos o el colmo de la mala pata.

En el mundo en el que vivimos dominado por las nuevas tecnologías, hay cosas que no entendemos por muy bien que nos las expliquen y otras que no nos cuadran por mucho que intentemos manejar los datos a nuestro antojo. Son como vivir una situación de dependencia en la que apretar un botón, instalar una nueva aplicación o manejar la presencia en las redes puede cambiar nuestras vidas.

Lo que les voy a contar es una pequeña y microscópica muestra de que todos estamos controlados y tenemos un código de barras que nos identifica por mucho que intentemos ocultarnos. De la mano de todo tipo de artilugios que, lejos de manejarlos, nos conducen y nos convierten en seres autómatas y automáticos.

Hallábanse nuestros personajes en uno de esos lugares especiales y únicos, donde dicen que comer es una experiencia singular y transformadora, uno de esos espacios que no te deja indiferente aunque en el fondo nada te diga, entre lo exótico y lo posmoderno, donde todo es simbólico, surrealista y extravagante, una de esas atmósferas creadas a propósito entre el gastrobar y el restaurante vanguardista.

Allí estaban los tres personajes de nuestra pequeña historia, Mauro, Camarón y Caracolito, pertenecientes a tres generaciones distintas. El pequeño y diminuto Caracolito, a sus dos años, con sus ojos muy abiertos, como hipnotizado, estaba sordo y mudo a todo lo que le rodeaba, frente a la pantalla de su móvil, que aunque les pareciera increíble era de su propiedad y se encontraba interactuando con todo tipo de seres fantásticos de los videojuegos.

Camarón el padre era un individuo esperpéntico, tatuado de pies a cabeza. Su cuerpo semejava una galería de arte en la que podían contemplarse todo tipo de paisajes y personajes, sin quedar un solo centímetro cuadrado para poner algo más.

Estaba en la ceremonia de contemplarse y ser admirado, y a decir verdad que llamaba la atención, ya no por la infinidad de tatuajes sino por ese narcisismo que le colocaba en una situación entre la ausencia y la catalepsia.

El abuelo Mauro era también un ser único y extraño: más que comer, tragaba y engullía todo lo que le pusieran por delante, y desequilibraba con facilidad a todo el que tuviera delante, ya que no decía palabra alguna, pero padecía el síndrome de la pierna inquieta que el resto de la familia conocía como el zilimbrimbinquí.

Aderezando este curioso escenario, 36 comensales más correctamente situados en sus sillas tras sus mesas y enganchados a sus móviles, en una manipulación total, y mandando mensajes compulsivamente no sabemos a quiénes, pero en un mutismo inquietante y sin dirigir la palabra a nadie de los que le rodeaban, más que humanos parecían seres extraterrestres.

Mientras una camarera recitaba una y otra vez con todo lujo de detalles las características de cada plato que servía, y en las paredes caras, caras, muchas caras de distintos colores y al final algo indescriptible. Nos asaltaban muchas preguntas ¿Cómo le contaríamos esto a un amigo? ¿Podríamos sorprenderlo o le dejaríamos indiferente?

ANTONIO PORRAS CABRERA

EL MOMENTO

Mañana, siempre mañana...

Hoy no es más
que el pasado del mañana
o el futuro del ayer,
y el mañana
el futuro de este día.

El mañana es fantasía
para vivir utopías
que entre los dedos se escapan
si temes vivir al día.

Mañana no llega nunca
y el pasado ya se fue,
ya solo me queda el hoy,
el presente y su momento...

Hay que vivir el momento,
con sus musas, con sus vientos,
con sus paces, sus tormentos,
sus amores y pasiones,
sus credos y devociones...

Al fin y al cabo el momento
no es más que la propia vida
cargada de sentimiento,
de alegría y sufrimiento,
de sentires y emociones
que van fraguando el camino
al horizonte perdido,
donde el sino y tu destino
te van llevando en silencio
por este cosmos inmenso
que te grita en el oído
que eres nada, solo un sueño,
aunque pienses que eres todo.

Mas si piensas que eres todo
no verás el mundo extenso,
sino el campo reducido
por donde va tu sendero,
ese todo
es el todo de esa nada,
que separas
de ese cosmos insondable.

Mas si piensas que eres nada,
dentro del propio universo,
verás al fin la verdad
que plasma tu nimiedad
como una parte importante
que conforma el firmamento,
verás sobre las estrellas,
sobre el cielo y los luceros
que te gritan al oído:

“No eres nada
pero yo te llevo dentro,
tú eres yo
y nosotros en conjunto
formamos el universo”.

Viajando por ese cosmos,
volveré a encontrar las musas
que me sirvan de alimento
para hacer brotar de nuevo
las delicias de este verso,
que toque la melodía
que mana de ese universo,
que en mi corazón retumbe
la energía y el sentimiento
que van sembrando la vida
cuando vives el momento
y con versos o con prosa
lanzas a los cuatro vientos.

MANUEL RÁMILA

AMOR NIÑO

Te quiero buen Jesús porque te quiero,
tal humilde pastor a tu cuidado.
Te quiero mi Dios porque me has amado,
con amor infantil, claro y sincero.

Y te imagino amor, como un viajero,
vagabundo en la infancia del pasado.
Ardiente corazón que se ha varado,
en el pecho de un niño prisionero.

Tornan los astros a emprender su danza.
Ángeles cantan a entonar la Gloria.
Hosanna Jesús, bendita alabanza.

Que para sellar la eterna alianza,
el divino Emmanuel viene a la Historia.
Y en Belén ha nacido la esperanza.

AMOR 1618-2018, Hermandad del Amor. 2018

POETA EN LA BODEGA

*Un no decía con los labios.
Era el amor y no lo supo
Luis García Montero*

¿A dónde huyeron los días
de los tiempos que se fueron?
Quizás paraíso en la memoria,
triste y bella en el recuerdo.
La taberna más recóndita,
el abrazo más sincero,
como una elegía de pámpanos
del vino perfumado y fresco.
Tras un diablo enamorado
de madera y hondo silencio.
Allí quedó su voz cristalizada,
en el tiempo humilde y quieto.
Néctar pálido en la noche,
cual epílogo postrero.
Para amar besó a los dioses
desde el humano tormento.
Córdoba, ciudad soñada,
poeta a corazón abierto.
Bodega del Sur encendida
junto al río arcaico y bello.
Que hasta la mar nos lleva
desnudos como el viento.

Homenaje a Bodega Guzmán. Ateneo de Córdoba, 2019

MAR DE LEVANTE

*La mer, la mer, toujours recommencée. Paul Valéry
A Ramón, compañero del alma.*

Ingrávida luz del Levante
cautiva en tu piel canela.
Crisol de la mar latina
que en el azul se espeja.
Azul que retorna siempre
añil en doradas crestas,
en este mar de gaviotas blancas
y tornasoles velas.
Son gaviotas de risas glaucas
en un cielo de luces nuevas.
Como el bajel del confín lejano,
que vino a rozar tu estela
malva y rosa estremecida,
en una tarde de albuferas.
Si el ocaso es una elegía,
¿por qué en el árbol de estrellas
prende la flor de nácar,
como nieve fragante y bella?
Como fruta de oro y espuma
en la fértil primavera.
En esta tarde de marzo,
de pinceles y poemas,
alza hasta ti mi recuerdo.
que en el sur como brisa se eleva.
Salado viento del poniente,
mi pensamiento a tu lado vuela.

Valencia, Cuadernos de Roldán, 2019

*... Si queréis que ame todavía,
devolvedme al tiempo del amor...*
Luis Cernuda

Podrán mis versos evocarte
como lluvia entre la yedra.
Perdida ya entre las sombras,
en el jardín la madre selva,
con la luz adormecida
su aroma a la noche entrega.
Nubes de gris azules,
torbellinos cenicienta,
en loco desvarío
los cristales besan.
Blancas alas
para las horas lentas.
Tu cabeza reclinada,
tu mirar de almendra.
Solo la lluvia y tu alma.
Eran las cosas tan bellas.

PARÁFRASIS FUGAZ DEL TIEMPO

Omnia ferunt, ultima ne cat

Es como el viento furtivo.
Se esconde a tu vista,
se muestra en tus sueños.
Te busca y te ignora,
te ama y te olvida,
se integra en tu cuerpo.
En la luz nos alimenta,
en el aire lo bebemos.
Es el amigo canalla,
que sin deber... queremos.

El Tiempo Zaquizamí, Cuadernos de Roldán, 2019

ANTONIO RAMÍREZ ALMANSA

¿Te he dicho alguna vez mi nombre?
¿Dónde habito, los lugares que frecuento?
¿Que fui remero y esclavo, rey, habitante de la noche,
y dije palabras desconocidas en el círculo de los magos,
que grabé epitafios y mensajes en las columnas
que superé inviernos intensos y estuve varado en la superficie
de un mar visible y silencioso?

No, no creo haberte hablado de mis combates
en el curso del tiempo. Los rastros que dejaron en mí:
brazos seccionados, piernas rotas, cabezas cortadas
y siempre el corazón a borbotones forzado a la lucha.
Que me ataron a todos los árboles y viví todas sus historias.
Incendios, regeneración de bosques, riberas inundadas.
Que atravesé llanuras y fijé las dunas de mi origen
cubriéndolas de camarinas y enebros,
Osyris, monte blanco donde habita la víbora
y el mirto.

¿Te dije que vi morir al hombre bueno y triunfar
la ambición de seres injustos, los cuerpos arrebatados
por cantos de sirenas, el trabajo incansable del viento
y los días transcurrir con la lentitud de un universo
en formación?

No, no recuerdo que te hablara del sabor agua
y el olor único de las cañadas en flor buscando
el mar de la infancia. Aún no sabes de mis cansados dedos
tocando auroras y luces de amanecer
que nadie olvida si los penetra.

¿Sabes que muchas veces tomé caminos equivocados
y sendas peligrosas, y de todas salí incomprensiblemente
alegre, viviendo el laberinto de sentir,
experimentar, avanzar en compañía de débiles, lunáticos,
agoreros, traidores, gentes sin palabra, ni voz, ni sombra?

No, no creerás que amé y desamé como un último fulgor.
Y desde aquel tiempo me convertí en salteador de caminos,
ladrón de suspiros, usurpador de verbos, secuestrador
de gestos, viajero de lo invisible,
y quise ser raptado para armonía de algún cielo.

¿Te he dicho alguna vez mi nombre?

MERCEDES SHOPIA RAMOS JIMÉNEZ

VUELOS

Jamás hubiese pensado escribir algo que fuese inspirado en mí, suscrito y pensado para enviarlo al buzón de mi alma, siempre había subido a la nube para escribir a mis amigos; para crear mis personajes; para ensamblar las palabras exactas de mis poemas; para desde allí dibujar con palabras el corazón pulsante del amor, de las injusticias o de las mil cosas que desearía cambiar, desde mi rincón de escribir se me ocurren un sinnúmero de soluciones y de salidas para frenar la deshumanización existente que padecen un gran número de personas en el mundo, desde mi pensamiento vuelan ideas que transfiero en el papel de mis sueños y las echo a volar, allí en el aire esas propuestas mías se mezclan con el Universo de las quimeras, pero aún así no me rindo, nunca es suficiente, todo lo dicho, todo lo escrito, todo lo hecho, es poco, siempre queda algo por hacer, algún hilito suelto bandea por el aire, en esa pequeña hilacha se puede encontrar tal vez una gran madeja que restablezca los desordenes que entristecen a millones de seres en la Tierra, a veces, desde mi pequeñez, me pregunto ¿qué podría hacer más? Demasiadas preguntas por hacerme, igual nunca las planteé con fuerza por miedo a que me quedasen grandes sus repuestas, esas permanecen inscritas en el diccionario que registra lo que pudo ser y no fue, mi memoria se acuerda bien de cada una de las páginas en las que algunos de mis deseos partían sin mí, de cada uno de los fragmentos que solo dejaban que se unieran en las antípodas más alejadas de mi ser, también recuerdo cuando me quedaba inmóvil, autómata e insegura ante el oleaje que supone saber elegir con decisión y seguridad el camino de color magenta que prometía la felicidad.

Por otro lado, sé que progreso y germino adecuadamente en otros campos, que no cambiaría la línea por donde me equilibrio como títere experimentado, con los ojos descubiertos abrazo el Sol que se mece en una mar rojiza bajo mis pies, en ese mar que se me regala cada día, se refleja mi alegría junto a las figuras caprichosas que se trazan en el cielo. Toda esa espiritualidad es gozada por mis sentidos y se junta indefinidamente con la niña que aún llevo dentro y que no cesa de dar gracias por haber nacido mujer.

No olvido de no olvidarme de mí, de mis proyectos inacabados, de la esencia sublime que obtendré el día azul que los duendecillos me darán la buena noticia que tanto he esperado, en esos céfiros nuevos me

llevarán mis alas recién estrenadas, desde lo más alto veré el escalón donde me sentaba a soñar, donde como un monomio sumabas todas las letras que formaban la oración exacta de mis deseos. A toda pasión, quedaré convencida que las contrariedades que al paio ofrece la vida no son únicas para mí, haciendo de una gota de agua un río que baja por las escaleras de mi casa, intentaré observar que el agua es pura y refresca las ideas que construyen el eje de un todo, esperaré allí donde las vanidades se olviden de todas mis imperfecciones, mientras me detendré en la belleza y ansiaré tocar soluciones precisas y geniales.

Conozco bien cómo el ritmo de mi respiración queda en nebulosa y velado cuando se pasean en circuitos todas esas iniquidades que mis posibilidades no pueden frenar, ese agravio impuesto hace que me guarezcas detrás de la luz de las estrellas y desde allí no puedo empuñar el poder de la serena sabiduría, desde esa inocente huida creo un castillo de libertad donde convivo con mis proyectos.

La universalidad se entrelaza con la bohemia despreocupación que caracteriza a las personas que apuestan por la positividad, bajo el prisma de mis opiniones desprogramadas de cánones obsoletos y arcaicos me desdoble todo lo que puedo, en esa ruta trato de conseguir que todo el desconcierto que vive la sociedad actual cuente con mi granito de arena y pueda progresar allá donde mi mano alcance, mi zona está configurada desde siempre a poner la mirada un poco más lejos de lo que mis ojos pueden ver, en eso aspiro a no equivocarme, pero si lo hiciera empezaría de nuevo y me tragaría el aire de lo renovado subiéndome a la tabla del naufrago, allí me olvidaría de lo superficial y me abrazaría a la naturaleza abriéndome paso por los caminos del Sol.

ANA RECIO MIR

Nada es eterno.
Nada es perdurable.
Solo la certidumbre del tiempo
que nos lleva.

RICARDO REINA MARTEL

LA MEMORIA Y EL PASO DEL TIEMPO, ESPACIOS DE MEDITACIÓN SOBRE LA EXISTENCIA Y CONDICIÓN HUMANA.

Le pedí a mi amiga, la escritora Margarita Hans, que me acompañase a una especie de viaje en el tiempo, pretendía retroceder ciento diez años, advirtiéndole de que tan solo disponía de un diario y una tumba.

Ella asintió, tan solo me pidió que no me excediese de velocidad durante el trayecto, intuí por sus palabras que deseaba ralentizar el viaje y poder saborear la posibilidad que ofrece todo viaje literario.

Nada más aparcar el auto, fuimos conscientes de lo difícil que sería sacar algo de un lugar en el que se había suprimido cualquier testimonio del pasado. En principio, una travesía invadida de casas modernas y comercios cruzaba el pueblo; tras desayunar y preguntar a un tabernero, decidimos volver al auto y dar un paseo, así nos formaríamos una idea aproximada del material del que disponíamos.

En pleno trabajo de campo, percibimos que la zona más alta era la que daba hacia el este, un cerro desde donde se divisaba en la lejanía la sierra de Montemolín, y desde donde disfrutábamos del conjunto de la zona. Entre higueras y olivos descubrimos una cruz inclinada, levantada sobre una gruesa base de ladrillos muy antiguos. El viento silbaba con cierta nostalgia, hacía frío y una tristeza infinita saturaba los campos, hacia el sur los altos cipreses delataban la tapia trasera del cementerio. La tumba que buscábamos se hallaba sobre el muro de la izquierda, era de piedra blanca y se encontraba perfectamente conservada, tras unos breves instantes destinados a la oración; le pedí a mi compañera que me dejase a solas en el cementerio, con objeto de poder tomar algunas notas. Por entre las sombras y los pasillos se revelaban pasos desconsolados y en el ambiente, diría que habitaba desasosiego por todos lados.

Bajamos al pueblo caminando; ya regresaríamos por el coche más tarde, ahora deberíamos buscar alguna arquitectura que coincidiese con la fecha de nuestra investigación.

Visitamos un pilar donde el agua fría caía produciendo un rumor que había permanecido inalterado con el paso de los años, y dedujimos que debería ser el mismo sonido que percibiera nuestro protagonista. Al fin teníamos algo en claro: el sonido del agua nunca traiciona la memoria...

La parroquia, por desgracia, ardió un 18 de julio de 1936 por lo que las imágenes y archivos se perdieron, y quedó inmune el campanario con su nido de cigüeñas que se renovaba año tras año, perfilándose un paisaje intacto. Seguidamente llegó lo de las cruces, ya que averiguamos que había cinco en el pueblo, cuatro a las afueras que coincidían con los puntos cardinales y una en su centro ¿Elementos preservadores de una superstición primitiva? Sin duda compendios que correspondían a un temor primario, a ese terror que siempre ha cortejado a los hombres.

Desde la plaza del pueblo nos dirigimos hasta la quinta cruz, que se aposentaba, en lo que antaño debiera ser el corazón del municipio.

Era esta de hierro forjado, enclavada en una columna romana, cercada por geranios y jazmines, el lugar desprendía un aroma a primavera temprana. En eso que descubrimos el recorrido primordial por donde debieron hacer la vida la gente, el trayecto que llevaba desde la cruz a la calle de los muertos. En este recorrido transcurriría lo cotidiano, la memoria estaba aquí, por lo que el paisaje que buscábamos quedaba definido.

También estaba la travesía que cruzaba el pueblo y que debió ser siempre un lugar de paso importante, ya que leímos que el pueblo había tenido derecho de portazgo hasta mediados de mil ochocientos. Paseando, nos encontramos una calle llamada Mesones, sin embargo ningún comercio asomaba en las fachadas, por lo que nuestra imaginación de escritor nos echó un cable; apreciamos un lugar plagado de fondas y esparcimiento. Ser ambos escritores nos otorgaba ventaja, la falta de componentes la suplíamos con nuestro fértil imaginario; Vistahermosa, los Molinos, el Llano y Templarios, pequeñas pistas de cuanto aconteciera en un tiempo remoto.

— «El tiempo pasado va rodando, quien va y vuelve con algo se va quedando.» — Nos dice el refranero.

Llegó la hora del almuerzo, indagamos en cierta peña flamenca cuya penumbra nos invitaba a cruzar el umbral. Tomamos un buen tinto de la zona, acompañado de guarro frito, estremeciéndonos al descubrir una ración de ancas de ranas sobre la barra. Por último, el gentil camarero nos aconsejó un postre típico del lugar llamado repápalo. Entonces Margarita me susurro al oído: “Esta es la ficha que nos faltaba; la alimentación como testigo de la memoria. Sin duda que el pasado tiene sus códigos y a nosotros nos toca interpretarlos”.

Influidos por el vino hablamos sobre París y el Péndulo de Foucault, ese movimiento ondulado que se mantiene inalterable con el paso de los años.

Eché mano del cuaderno de notas y le leí en voz alta: “La mirada puesta en la sierra, el sonido del viento entre los jarales, la muerte como memoria de paso y tránsito, el canto del agua, el nido de la cigüeña como referencia, las flores y aromas bajo la cruz, el trayecto desde la plaza a la calle de los muertos con todo cuanto se lleva de por medio...”

¿Es el recuerdo una forma de olvido? Aquí no hay nada, la memoria es fruto de una ficción, el recuerdo se pierde en el momento en que sucedió. Luego llega esa interpretación, la pigmentación personal que colorea nuestra memoria y se explica bajo el libre albedrío.

-La locura del poeta es lo único verdaderamente fiable -le dije, influenciado por el vino y emulando a mi admirado León Felipe—. Quien canta sin definición ni reglas, está más cerca de hallar lo verdadero.

Hablamos de la filosofía gestáltica y de ese «estar, aquí y ahora», que tanto mencionaba el viejo Perls: «Las cosas no existen; cada acontecimiento es un proceso; la cosa es meramente una forma transitoria de un proceso eterno. Todo está en un flujo».

Tras el café volvimos al coche, el regreso lo hicimos en silencio.

JUAN EMILIO RÍOS VERA

FRACTURA IRREVERSIBLE DEL YO

I

Y de improviso,
la niebla
se interpuso
entre mi cuerpo
y mi mente.

II

Fantasma
me sentí
dentro de
una cáscara
de carne.

III

Si no veo mis ojos
no tengo ojos,
si no veo mis manos
ya no son mías.
Un pensamiento
errante,
un ente
intangibile
me supe.

IV

La niebla penetró
en mi mente
como un espectro.
Todo lo que tocaban
sus dedos invisibles
ya no era yo.

V

Me refugié
en mis ideas,
en mis creencias,
desnudo ya de recuerdos,
de identidad.

Las raíces
de mi persona
buscaban sin lograrlo
tierra firme.

VI

Sin memoria
eres un precipicio,
un vórtice,
una entelequia.

VII

Cuando se disipó
la niebla,
yo era un emigrante
en mi casa,
un apátrida
que no reconoce
su nombre,
un extranjero
que solo
en el viaje
se acomoda
a ninguna parte.

VIII

La niebla
borró el cordón
umbilical
con mi materia,
con mis cimientos.

IX

Cuando quise
enfundarme de nuevo
el traje de
mi carne y de mis huesos
ya esa no era mi talla.
Se había quedado pequeño
el envoltorio.

X

Ahora, cuando
quiero besar
beso
sin labios.

ANTONIO RODRIGUEZ JIMÉNEZ

LA VERDAD DERRAMADA EN LA ALFOMBRA

No puedo concebir la verdad de la existencia.
Ya no resisto su fuerza, la clarividencia que me corroe las entrañas.
La verdad se oculta en los cristales como el perfil de un sueño,
aprieta la garganta, ahoga, estrangula
y no quiero mirarla de frente.
Ella se desparrama como un líquido amarillo en una alfombra.
Escuece como el alcohol que se extiende en una herida,
duele y no quiero a ella rendirme.
Prefiero huir y acabar perdido entre las calles
o suicidado en un semáforo a través de una cuerda.

ROSA ROMOJARO

LA EDAD DE LA INOCENCIA

I (Teresa H.)

Abajo es otro mundo.

No hay espacio sin nadie.

Por la puerta entornada

entra y sale la gente sin aviso.

No hay sitio para juegos, para libros ni sueño.

Sin existir se crece.

Pero aún no lo sabes.

No sabes nada. Estás.

Tu cuerpo es amasijo de huesos y de carne.

Carne de niña, prieta, que no sientes.

Tu cabeza-juglar, o tu cabeza-Auschwitz

-una niña judía-,

no sabe distinguir de siglos ni holocaustos,

ni si aquello es tortura o ignorancia.

Pero aún no lo sabes.

No sabes nada. Estás.

Tu lugar es el mundo. Solo lo que conoces.

Tan solo tu lugar el mundo entero:

lo de abajo y arriba, en el tejado.

Las columnas del patio,

la rayuela, la comba, la pelota.

Y las tardes del parque con criadas soeces

que en las jaulas vacías te abandonan.

Pero aún no lo sabes.

No sabes nada. Estás.

Ahora estoy aquí, contigo en la memoria

para que reescribamos tu presente.

Para que yo reescriba mi pasado

contigo en la memoria. Conmigo en mi memoria.

Tu presente. El pasado.

Ese común error.

II (La niña insomne)

De pronto el sueño huyó de la pequeña,
y ella no conocía la palabra.

Fue el principio del fin,
y ella no lo sabía.

A veces Dios es duro
como un pico de lanza en el costado.

Por qué, por qué,
repetía en la noche.

Herida para siempre sin saberlo.

III (Nana)

Niña mía, que estás

aún bajo mi piel,
en un seno de espuma.

Duerme ahora sin llanto.

Mis manos que son tuyas
acunan tu desvelo.

Niña mía, en mis brazos.

IV(Rincones)

Estaba allí, es cierto, y lo que intenta
copiar con las palabras existía:

un pedazo de cielo -azul cuando el levante

abolía las nubes-, el caminar del sol

hacia el poniente o el zarpazo de sombra

que la noche ponía ante sus ojos.

Estaba allí, sin duda. Y está escrito.

Cuando el viento grababa en las paredes
el olor a marisma y escondía en los rincones

la tarde de murmullos, estaba allí, sin nadie,

a flote entre las aguas

de los tejados lisos, verdecidos de moho.

Ilesa. Con la casa de cartón en sus manos.

A salvo en su refugio. Y era una niña. Y era.

(V) La edad de la inocencia)
¡Quién pudiera volver sin saber nada,
y sabiéndolo todo,
como ahora!

¡Quién pudiera saber,
entonces,
que aquello que vivíamos era todo
lo que quisiéramos vivir,
ahora!

¡Quién pudiera volver,
sabiendo lo vivido,
para saber que aquello ya era,
entonces,

a pesar de que el mal
y la muerte
sus alas desplegaran,
como ahora,

el tiempo de la vida!

LUIS DE LA ROSA FERNÁNDEZ

SENDEROS CENICIENTOS

Ensimismado en graves pensamientos,
en una soledad de hastío y calma,
camino por senderos cenicientos.

En la mochila llevo,
enganchada a mi espalda,
con ayes y suspiros
de experiencias pasadas,
cabizbaja y doliente
como una vieja mula en la almiarra,
transparente y sensible
como la superficie limpia de agua,
contemplativa y triste,
mi alma resignada.

Caminos de la tarde
que acogéis mis pisadas,
caminos de mi tierra abandonada
de juegos infantiles,
de anhelos compartidos,
de alegrías y sueños
en mis viejas andanzas:
os piso hoy de nuevo
cargado de añoranzas.

Mis pies andan cansados,
la vista algo nublada,
el cuerpo enflaquecido
de fuerza y de esperanza.
Caminos cenicientos de la tarde,
llevadme a la ilusión
de viejas fantasías olvidadas.

ASOMADO AL BALCÓN

Asomado al balcón del gran abismo
contemplo el tenebroso panorama:
infinito vacío de negra noche,
sima caliginosa de la nada,
manantial de tristeza y soledad,
cuna de la desolación del alma.
Y si miro hacia atrás
contemplo los problemas que quedaron a mi espalda.
¡Qué diminutos se ven!
¡Qué insignificancia!
Están empequeñecidos
frente a este tenebroso panorama.
Frágil sogá que me une al pasado
es el recuerdo que a él me liga,
pero el pretil que me protege
se va achicando con el tiempo el paso.
¡Qué pequeños hoy ya veo los contratiempos
en ese tiempo terminado!
¡Qué grande es el abismo
que contemplo yo asomado!

QUIERO ARRANCAR EL TIEMPO DE MI PIEL

Quiero arrancar el tiempo de mi piel
aunque sea a jirones de experiencia,
aunque sangre mi alma,
aunque sienta el dolor que tanto la aterra.
Para que fluya libre de recelos,
para que viva de nuevo ingenua,
para que tenga sonrisa de niño,
voy a robarle el tiempo a mi esencia.
Quiero mirar de nuevo a todo el mundo,
quiero admirar el paisaje,
quiero observar el cielo
con inocencia.
Voy a extirpar el tiempo de mi piel
y quede desnuda mi alma.
¡No quiero ser de él su consecuencia!

CUANDO MIRO HACIA ATRÁS

Cuando miro hacia atrás en mi pasado
y contemplo los días que se han ido,
tengo la sensación de que he vivido
fugaz y breve vida que ha expirado.
Lentas eran las horas, comenzado
el curso de un trayecto que he tenido
pletórico de anhelos, mas vencido
por la edad, presurosas han marchado.
Pretendo detener esta carrera
que inexorable lleva hacia el ocaso
de un vivir que de afanes antes fuera;
mas inflexible, el tiempo, sin retraso,
me empuja hacia el lugar que más temiera,
ahondando más mi fosa a cada paso.

PASO A PASO

Cavando voy mi tumba paso a paso,
con lento caminar que, temeroso,
me arrastra, inexorable, al tenebroso
estado terminal de un negro ocaso.
Cada latido es vida y fracaso
por dilatar vigor que, silencioso,
abandona mi cuerpo tembloroso,
haciéndome temer un tiempo escaso.
Afán de juventud ¿en qué quedaste?
Ardorosa pasión: ¿dónde te fuiste?
¿Por qué la ilusión, vida, me robaste?
¡Pérfida y cruel conmigo te mostraste
cuando en mi edad dorada me mentiste,
pues como eterna tú te presentaste!

MARIA ROSAL

PÁJARO DE AGOSTO

Sobre el asfalto
se derriten las horas en láminas descalzas.
Mi coche, rumbo a la ducha o la cerveza
no espera caridad de un sol
que desdibuja el horizonte.

De repente, un impacto
me obliga a protegerme de lo desconocido.
Es un golpe brutal que desnuda certero
el vuelo y su parábola.
Más de cuarenta grados y el azar,
los fragmentos,
golpe de la desgracia.

Un pájaro agoniza contra el cristal del coche.
Límite transparente de alas desnutridas.

Tan delgada la linde, tan quebradizo el cauce
que este pájaro herido, muerto contra mi vista,
es opaca metáfora, símbolo palpitante
expuesto sobre un vidrio,
la severa factura del forense.

Más al cabo nos queda
liquidar la inmundicia,
aniquilar los restos, olvidar las entrañas.
Mirar
la transparencia.

MARIA DEL VALLE RUBIO

ASÍ LLEGÓ EL FUTURO

Nadie elige su propia cuna, sus orígenes, su futuro, su vida. Yo era un niño feliz cuando a mis pocos años acompañaba a mi padre por los pueblos cercanos a tocar la trompeta con tres o cuatro miembros más que conformaban la banda. Eran hombres del campo con las manos agrietadas por el frío en los inviernos, hartos de recoger leña para hacer los boliches y vender después el cisco para el brasero. Por mucho que quisieran quitarse la tizne de las orejas, siempre les quedaba algún trazo escondido. Mi madre se esmeraba limpiándose las con alcohol mientras le decía: "Rufino, a un trompetista como tú no le pegan esos churretones". Mi padre, sonreía y le daba un beso. Yo les abrazaba las piernas que era hasta donde yo podía llegar.

Escondido entre las malvalocas, a escondidas, intentaba soplar aquel instrumento musical que mi padre guardaba celosamente en el cajón más alto de la cómoda. Mas de una vez rodé por el suelo, al ponerme de puntillas sobre el asiento de la silla de enea, en mi intento de coger la trompeta.

Mi abuela llegaba y se volvía a ir y no se sabía nunca, al menos yo, el por qué. Me traía regalos, sorpresas y todo el cariño que me demostraba apretándome hasta el ahogo sobre su amplia pechera. Mi madre cosía y cantaba y a mí me encantaba oír la cantar. Confeccionaba prendas para los vecinos y conocidos y hasta regalaba su trabajo a los más necesitados. Mas de una vez, escuché decir a mi padre: "Mujer, tú te conformas con muy poco, pero tienes un hijo. No quieras que crezca en este lugar sin futuro". Yo me preguntaba qué querría decir la palabra futuro. Y añadía mi padre: "Antonia, que el tiempo pasa y no vuelve. Tu madre es como la luna, va y viene y mientras ese hombre viva, ella seguirá así. Escribe a tu hermano, mujer".

Y cuando menos sabía yo del mundo, después de un largo, larguísimo viaje en tren, desperté en la ciudad de Barcelona. Ahí, a pesar de mi escolarización y de lucir un peinado perfecto cada mañana, pues mi madre se las ingeniaba para ponerme una raya en el lado izquierdo, que según ella era así como se peinaban los ricos, me sentía inquieto pensando cómo nuestro gato, Borrón, podría repechar por los barrotes del ventanuco de nuestros cuarenta metros cuadrados y perderse por aquella ciudad inmensa, llena de vehículos y de gente desconocida. La

máquina Singer de coser corría como una locomotora sobre la prenda que mi madre sostenía bajo la aguja, y Borrón siempre dormitaba a su lado dentro de una caja de cartón. Acariciarlo era la gran alegría a mi regreso de la escuela. Al atardecer, cuando mi padre regresaba de la fábrica de tejidos, dejaba caer una balada triste con su trompeta.

Ha pasado el tiempo, mucho tiempo. Vivo en Sevilla, soy cirujano y tengo cuatro hijos mayores, casi mayores que yo, porque ellos lo saben todo o eso creen. Son mi alegría. Así llegó el futuro. Mi futuro. Mi mujer, Paula, dice que todavía somos jóvenes. Ojalá existiera la segunda juventud.

ENCARNACIÓN SÁNCHEZ ARENAS

LA DÍADA DENTRO DE LA CONDICIÓN HUMANA

Aristóteles, siglos atrás, cataloga al ser humano como un *zoon politikón*, es decir. un ser que no puede bastarse por sí mismo. Por su parte Urdanoz asegura que ningún individuo se basta por sí mismo para lograr su propio objetivo y esa necesidad del otro genera la sociedad y garantiza la existencia humana a través del tiempo. La semejanza de estas sentencias de siglos diferentes indica que cada hombre, a pesar de su unicidad, siempre ha necesitado sumergirse en el ir y venir de los otros para comprenderse.

La necesidad del otro se traduce a través de la interacción, de acciones, actitudes, conocimientos, cultura y religión compartidas. Esta interacción mantiene una reflexión del yo con el tú.

La complementariedad del yo con el otro consiste en comprender al otro desde la relación que los une para llegar así a la mutua relatividad, es decir, el yo valora las contradicciones o necesidades que siente por el tú. Comprendiendo sus propias necesidades, afianza puntos de vista diferentes, que permiten el desplazamiento del propio horizonte del interlocutor. La dialógica desempeña un papel decisivo, manteniendo una relación que une al yo y al otro, de forma que reconozcan la existencia de precedentes que los complementen.

De este modo la díada enraizada en el humano implica una relación recíproca con el otro, superando la desconfianza del uno por el otro y la vigilancia mutua y ambigua. Lo dialógico sirve como herramienta para compartir experiencias. Esta reciprocidad desarrolla sentimientos mutuos de solidaridad y hermandad.

Entre las cualidades humanas están la solidaridad, el respeto por el otro, el diálogo, la interrelación y la relación afectiva, entre otras. Los seres humanos, que se desarrollan con relaciones diádicas, desarrollan estas condiciones de forma más profunda que en una relación esporádica. Destacamos en este sentido relaciones diádicas como las establecidas entre un hombre y una mujer, una madre con su hijo, un alumno con otro alumno, etc.

La violencia doméstica desde el hombre da cuenta de su debilidad, y de la incapacidad masculina de hacer frente a sus propios deberes. Una respuesta adecuada a esta problemática debería consistir no solo en una lucha feminista de contraposición, sino también en considerar la díada hombre-mujer.

Habitamos un mundo bipolar, a nivel macroscópico y microscópico, con una configuración dual. La vida consiste en ello, en la polaridad, que a la postre es un legado. Por tanto, un polo no puede existir sin la presencia del otro.

Si bien los conceptos de “díada” y “tríada” han sido empleados en los ámbitos filosófico, sociológico y aún médico, considero la complejidad de sus contenidos como planteamiento analítico de uno de los poemas más memorables de Rubén Darío: “Yo soy aquel que ayer no más decía...”, el poema póstico de la colección *Cantos de vida y esperanza*.

Es decir, no es válida cualquier tipo de relación entre los dos o, en su caso, tres elementos agrupados, sino que ha de ser de involucración interna, bien en el campo semántico o bien en el simbólico.

Ejemplo de ello es la díada Psiquis-Filomela, al asociarse con otras parejas internas: el ideal y lo real, por un lado, y el “cuerpo” que en ese espacio del “el bosque” consigue aunar lo paradójico de la díada “arder” y “vivir”, de resonancia mística y pasional.

Esto se evidencia con claridad en la estrofa decimotercera, donde basa la famosa metáfora de la torre de marfil, la que tentó su propósito, y que tantos “ríos de tinta” ocasionó como prototipo de una determinada actitud del poeta ante la realidad. En esta estrofa la díada central se refiere a dos elementos axiales en la poética de *Cantos de vida y esperanza*: “Hambre de espacio” y “sed de cielo”. La pareja hambre y sed, de connotación fisiológica, se ubica en el ámbito de una poética espacial, de ecos etéreos, plenamente modernistas. Lo material y lo inmaterial se complementan al máximo en esta díada donde la “pasión divina” y la “sensual hiperestesia humana” se articulan como indisolubles. El “espacio” como objeto de la necesidad de alimento y el “cielo” en tanto lugar donde saciar la sed son emblemas de otra necesidad básica del poeta: la de ensanchar los límites de su “torre de marfil”. Sería muy

interesante traer a colación las díadas de los poetas pertenecientes al movimiento y su respectiva inclusión de “El arte por el arte” o “Torre de marfil”.

Existen todo tipo de díadas, tanto de complementación como de disparidad.

Como consideraciones finales:

Tomando en cuenta la disertación hecha sobre la díada como estrategia socializadora se concluye que cuando el ser humano se desenvuelve en relaciones diádicas, su ser se despliega en el otro con quien construye una base sólida que le sirve de soporte a una serie de acciones conjuntas y sinérgicas que coadyuvan al logro del desarrollo humano de ambos integrantes.

La díada en el desarrollo de la condición humana promueve la interrelación, la comunicación, la cohesión, la afectividad, la reciprocidad, la solidaridad, el respeto y la dialógica como condiciones esenciales para la comprensión y comunicación humanas. Trabaja el logro de todos los integrantes de una comunidad.

Posibilita la formación de comunidades cohesionadas, capaces de cambiar en forma continua la realidad que les rodea, tomando en cuenta el bienestar social y no individual.

Cabe defender su pertinencia en los análisis de textos literarios, precisamente por el valor conectivo e integrador que ese tipo de agrupaciones (por parejas o tríos) poseen en la composición poética. De todas formas, una de las particularidades imprescindibles sería la intercomunicación profunda y necesaria entre los términos concernidos en una díada o en una tríada. Es decir, no es válida cualquier tipo de relación entre los dos o, en su caso, tres elementos agrupados, sino que ha de ser de involucración interna, bien en el campo semántico o bien en el simbólico.

SOLANGE SAND

A JAVIER EGEA EN MEMORIA AGRADECIDA

*Lo que pueda contaros
es todo lo que sé desde el dolor
y eso nunca se inventa.*
Quisque

Javier Egea fue el mejor poeta de su generación. Ojalá no hubiese elegido poner punto final a su vida aquel fatídico 29 de julio de 1999, dado que era de esos poetas que uno encuentra en contadas ocasiones: un poeta congruente con su ser. Un centinela insobornable sobre la faz de la tierra. Un "Raro de luna".

Su obra es un canto revolucionario de ensueño en el que se dilucida el extraño don del buen gusto: ese sagrado maridaje de ética y estética; el encanto irresistible que poseen las criaturas que han comprendido la profundidad del verbo amar. Almas indelebles que a cada paso, a cada palabra, a cada gesto y en cada silencio, marcan para la eternidad su elevado concepto de la dignidad.

Javier Egea es un caleidoscopio de valores heroicos, de escucha y respeto, sensibilidad y compromiso hacia el otro. Pura utopía, sobrehumano candor. Un soñador con la pureza inefable de la que dimana, en manantiales, el prodigio fascinante y constante del amor. Sus libros son un pulso continuado a la ciudad. Un grito en el arrabal, el de una mirada que supo describir poéticamente la sociedad que se vanagloriaba entre bambalinas e hipocresía:

"Mirad sus ropas, su fingida grandeza:
van de regreso como de costumbre
hacia los torpes refugios que vende el capital
a cambio de silencio.
Es posible que ellos algún día
también sintiesen aquel desgarramiento
y el terror de saberse extinguidos
les dejó para siempre en el rostro
su cómplice desprecio.
Porque ellos, en la avenida principal
con su lujo de asfaltos y luces,

también mueren de soledad
aunque confusamente promiscuidos
en la misma derrota".

Javier Egea, *Paseo de los tristes*, 1982

La Victoria, Córdoba, 3 de mayo de 2019

JOSÉ ANTONIO SANTANO

...DE LOS ASOMBROS

A Julio Alfredo Egea, poeta

Sé de tus manos hacedoras
cabalgando el silencio de la noche
que habita la palabra y es memoria
en los ojos del bosque y la sabina,
señal de lo que fue en otro tiempo
y otra vida
hermandad con la tierra y el agua.

Sé del corazón del viento
alojado en los asombros de la tarde
y de los sonos que la hojarasca deja
sobre los campos y paredes de la casa
mientras blandes en tus dedos la pluma heredada
del abuelo
y dibujas en el blanco pliego de papel
los signos de la rosa,
los nombres de las aves y los ríos
que anuncian ya otra luz y otro silbo
en las ventanas de la vieja estancia,
aquella que miraba al sur de los almendros
y tú quisiste siempre para ti desde el origen
y en ti aún se perpetúa después de muerto.

Sé de la oscuridad y los abismos
reclamando las horas y los días de aventura,
intuyo la amarga ceremonia de la ausencia
que invade esa comarca
y en el sólido mármol se amplifica
para ya nunca volver a las raíces
y desvelar así la luz de las cenizas,
la incertidumbre que sustenta el miedo
o el frío que habita la sombra de aquel ciprés
altísimo y enorme
olvidado en el centro de la nada
y que tú sentías tan cerca y tan humano.

Sabrás de cierto este viaje al infinito:
sobre la cama dispuestas las maletas
esperan tu mano abarcadora y cálida,
y tus pasos humildes y seguros
que florecen con la luz del mediodía;
allá el horizonte abierto como un fruto,
la voz de la memoria en tus pupilas
y el fuego de los años envuelto en el abrazo;
aquí la cima prendida de las nubes
y un cielo azul de infancia,
aquella que jugaba entre los álamos
y al albur,
aquella que bebió del arroyo los asombros
y plantó junto a la casa los anhelos.

Ya sé que aquí y en esta hora
la vida se asemeja a una tormenta
y poco tiene ya sentido,
pero habremos de seguir a las estrellas
cada noche y en tiempo de amapolas
volar hasta su luz incandescente,
crecer al abrigo de su aliento
mientras dure este tiempo de agonías.

Porque fuimos hoja y viento,
alud de la palabra en los inviernos
me invitas a tu mesa cada día,
juntos abrimos la despensa del recuerdo,
juntos comprendimos la efímera existencia,
el tiempo que se escapa por las rendijas de las puertas,
también de la rutina.

Por qué nos empeñamos en torcer
la dirección de lo absoluto y lo primario,
por qué no desnudar todo principio
de la oscura presencia del miedo y de la inquina,
por qué no hablar de las cosas sencillas y pequeñas
que nos viven,
por qué nos conducimos como seres obtusos

y alienados,
y nos duele la calma de la mar en los oídos.
La vida se nos va en un segundo
y nada queda sino el alma de unos versos
escritos al son incesante de la lluvia
que cae musical sobre la hierba
y hermanados al aire bienhechor
renacen para siempre en los caminos.

La casa habita hoy los silencios,
a ella regreso
te vivo en ella.

TARDE GRIS

A Pilar Quirosa, poeta

La tarde es un caballo desbocado del sueño y de la muerte
que cabalga silenciosa entre semáforos y tempestades
de música atormentada en el iris de los ojos,
una lluvia de soleadas noches y helados mediodías
para nunca más volver a la viva materia de la memoria,
como si toda tú siguieras en la luz de la rosa más bella
que adorna el jardín de las palabras o la voz de la enramada
creciera hasta la altura de un beso inextinguible,
como si toda tú mi amada amiga y compañera
perpetuaras tu mirada y tu sonrisa en los estambres de la vida
y no tuvieras miedo ni al dolor ni a la soledad
justo ahora que el tiempo remansado en tus manos
parecía abrasarte el alma y las mañanas.

La tarde es una inmensa sombra en la ciudad marina
que ahogada hoy en el llanto más amigo y más humano,
reclama en la ausencia otras ausencias, el legado seguro
del preso lenguaje en los labios de la luna,
como si toda tú vinieras al silencio a redimirte en la inocencia
que habita el filo de los años o las paredes de la casa
sellada a fuego en la memoria de los días junto a la madre,
escuchando sus pasos torpes e indecisos acercarse
al comedor donde repasas la última lección,
los nombres de las cosas más sencillas, el verbo amar
o en plenitud esperas velar la vida que se escapa
muy deprisa por la rendija de la puerta de la alcoba.

La tarde va cerrando los ojos poco a poco,
y como si nada mereciera ya la pena, en soledad
te apenas y te buscas a ti misma en el espejo del salón,
pero a nadie ves y todo se oscurece en segundos.
“Volver atrás para nunca seguir”
-te dices en silencio-
el futuro tampoco lo imaginas placentero.
Y un bullicio de voces en la calle devuelven a tu rostro

el filo brillante de la nada,
un sol oscuro
y crees que en el pecho hasta sangrarte se te clava,
y así toda tú tras los ventanales te anublas,
y así todos en ti regresamos
a tu casa,
nos sentamos al calor de la palabra y a tu lado,
recogemos el fruto de los libros y sembramos
tus versos en el huerto, escuchamos tu voz
que el aire lleva por el mundo y sus confines
y dejamos que el tiempo vuele al paraíso de la luz,
junto a la estrella que siempre soñaras alcanzar
y ahora luce eternamente en tu sonrisa.

¿A dónde irás, Pilar, en esta tarde gris,
a dónde, dime? Que quiero serte abrigo
del frío silencio de la muerte,
y salvarte,
sí, salvarte.

JOSÉ SARRIA

LA TARDE

*Con el báculo
azul de la memoria desandaré el camino
hasta la calle donde un niño pudo
edificar un mundo*
Juan Rejano

Apoyado en el báculo azul de la memoria recorreré la empinada cuesta por donde la indecisa luz derrama el aroma remansado de otro tiempo: tránsito de cenizas que surcan hasta mi frente las aves blancas de la infancia, en el borde del olvido, desde un lugar donde ya nadie nos recuerda.

A la puerta de esta casa espero tempestades y viejas furias, presintiendo que me enfrento a otras voces. Pero no estoy solo, me acompañan todos los nombres de los que conmigo caminaron, sus viejas cicatrices y el himno de sus sombras.

Esta es mi casa: entra, no te inquietes. El murmullo de mi historia no es triste, le acompaña el sol de algunas estaciones y aquí oirás al agua dialogar con la piedra, el rumor del caudal en donde un día bebieron las garzas bajo un antiguo granado, el susurro de la tarde extinguiéndose contra el horizonte y la voz quebrada de alguna canción sureña. Mi historia te hablará del lenguaje con el que un día se rebeló mi sangre.

Esta es mi morada: la casa de un hombre, de candor inagotable, que aún espera el prodigio de los primeros soles.

De El Libro de las aguas

INFANCIA

Cuando cae la tarde, al final de los años, los recuerdos se inclinan como las ramas de los árboles de un bosque abandonado. El perfume del aire convoca las primeras inocencias y me hace regresar hasta un lugar en donde aguardan las horas más hermosas, a un patio en el que aprendí el lenguaje del agua y los jazmines.

Allí está. He visto cómo me mira y sonrío. No se ha ido. Espera en aquel preciso santuario, universo donde las cosas y los lugares mantienen, intactas, sus promesas: el amor adolescente, el candor inagotable, las barcas repletas de frutas y canciones, el camino de los naranjos o el olor de las manzanas de oro: los destellos más altos, los himnos de las victorias.

Mirándote a los ojos, contemplando tu acendrado rostro, sé que tú estás y que soy yo, quizás, el extraviado, el abatido, el ausente, y que ya no encuentro las palabras con que nombrar lo que tanto amabas. Sin ti no me quedan ojos con que mirar desde tu corazón de niño, pues mi existencia es un extraño naufragio, desdén del tiempo y despojo de mis últimos combates.

Cuando cae la tarde quiero llegar hasta el fondo de las aguas, hasta el abismo de tus ojos, aquellos que encendieron banderas en las terrazas de mi alma, y rescatar de tus rojas sienas promesas por cumplir, y oír tu cadente voz susurrarme: todavía, todavía,...

De El Libro de las aguas

HUERTA DEL CIELO

Mi mano está escribiendo el color del recuerdo
Mariluz Escribano

Mis recuerdos son de un patio arabesco adornado por macetas de bermejos geranios y una huerta que generosa nos regalaba la sombra hospitalaria de los limoneros, a pesar del tiempo y el abandono. El canto de los pájaros, que reposaban en las copas de los escasos árboles que se mantenían en pie, acompañaba a los rayos de sol atravesando sus ramas. Tan solo su gorjeo desafiaba la soledad y el silencio de ese santuario, y su sonoro trino transformaba la decadencia de la finca en puerta del paraíso.

Allí, cada tarde los ángeles descendían por la escala dorada de Jacob para escuchar el arrullo de los pájaros, olían el pan aún caliente de mi madre y pronunciaban mi nombre.

Aquella casa es el Sur, huerta del cielo, patria de mi corazón y lugar en donde nacen las raíces del agua.

De El Libro de las aguas

LAS ÍTACAS

Cuando emprendas tu viaje hacia Ítaca / debes rogar que el viaje sea largo, / lleno de peripecias, lleno de experiencias

Constantino Cavafis

¿Qué encontraste en tu viaje hasta Ítaca? En mi largo viaje intenté comprender el brillo del paisaje de lugares sin nombre, el misterio de las voces que ocultan las piedras, el fulgor de alguna esbelta ciudadela o el aroma de caminos en llamas y poder, al fin, contemplar a los hombres con ojos renovados.

Al comienzo aprendí un lenguaje forjado en el candor de los primeros combates, pero los días marchitan el brillo que habita en la mirada de los héroes. Y así, todo lo que llegó más tarde, acaso más solemne, como el resplandor de un jubiloso verano, impuso su corona de tristeza, ahogando la inocencia.

Aturdido, como el vuelo del ave que huye de su propia sombra, supliqué, inútilmente, para elevar blancos estandartes sobre los tristes bastiones de la vida. Deseé regresar al instante feliz, a la casa de las horas intemporales. Volví la vista para escuchar la voz que contenía el caudal transparente de mi niñez, cuando todo era un asombro y aún existían continentes repletos de sorpresas. A los días en que aún no sabía nada de mí, al lugar donde nunca floreció la vanidad del laurel de aquellos que construyen el mundo, al momento en que quise conocer, de alguna manera, el origen de una llama.

Entonces comprendí el misterio del camino y supe que solo el que vive alberga los tesoros de aquello que sucumbe. Y entendí la necesidad de la derrota y que hube de esperar mucho, hasta regresar a la abisal hermosura de los años primeros. Así, aprendí que las tumbas de la travesía contienen las fértiles manos de los hombres caídos. Regresé, mas nunca vencido, portando en las alas el esplendor y la inmortalidad.

Ítaca es pobre, pero puede ofrecerte la riqueza del camino y una rama de olivo en la tarde: este es su tesoro.

Tras el viaje, pude descansar, serenamente, en el mismo lugar donde van a morir las mariposas.

Inédito

JESÚS SOLANO

OTRO MES DE MAYO

Aquí, en estas paredes se quedan mis sueños,
mis locuras cargadas de inventos,
los papeles escritos diciendo cosas pasadas,
las colecciones de objetos que me invitaban
a ser alguien en una vida donde no encontraba
la comprensión de mis deseos.

Ya no se escucha la música cada mañana
cuando todos mis instrumentos querían sonar
para alcanzar la luz de mi vida componiendo mis versos.

Cada día que pasa, me veo por dentro
como si fuera un cajón de reliquias,
un baúl con el que hacer un viaje de ilusiones
por alguien o por algo que llenase los vacíos de otras gentes,
amantes de mis disparates, conocedoras de mis entrañas,
sufridoras de distancias y de silencios.

Con este mes de mayo, voy cumpliendo
todo lo que mi amor me ha pedido y algo más del calendario.

Hoy te pido de nuevo, que vuelvas a estar conmigo
para llenar mis huecos de versos, corregir errores, dar más besos,
recibir consejos, aprender a hablar bajo, vivir de lo bien hecho,
seguir pidiendo perdón por mis torpezas
y todo lo que cabe en una vida de momentos de destierros.

Y para los que no me entendieron, que lean despacio
todo lo que escribí cuando andaba enamorado y escuchen,
si es que queda algo de mi música flotando por el aire,
que en ella está mi locura cuerda para hacer con ella
renglones de relatos con la pasión que siempre me embargaba,
cuando los duendecillos se hacían presentes
en la subconciencia de mis pensamientos.

Marchena, 3 de mayo de 2019

ALMUDENA TARANCON

HUMANIDAD: CRISÁLIDA QUIESCENTE

*El secreto de mi fortaleza
aviva el veneno de mi debilidad*

Hay tantos cielos donde vivir. Para nombrarlos, tantas palabras, o una sola...

Donde tener confianza en uno mismo y volver a entrar en aquellos paréntesis de la vida que dejamos a los lados de nuestro camino.

Hay cielos para vivir, donde tener valor para desmenuzar cada instante de ayer y de hoy; para volver a interpretar algunos acontecimientos, algunos hechos, miles de aventuras, tantos sentimientos...

Hay cielos de donde sacar la fuerza para extraer lo mejor de todo lo vivido y después, dejar pasar el tiempo.

Hay un solo cielo con muchos nombres; allí voy, a veces, a buscar el coraje para descubrir y nombrar algunas partes de mí misma que siguen en carne viva.

Cicatrices: hay que tener decisión para miraras y descubrir que se han convertido en atarjeas florecidas, en los surcos de los cármenes de los cielos de mi piel.

Hay que tener entereza para soportar la carga de aquella cara oculta, petrificada en mil expresiones de dolor. Pesa tanto en el alma que busca un cielo donde encontrar reposo.

Hay que tener serenidad para volver a entrar en aquellos paréntesis de la vida, utilizarlos como peldaños y elevarse sobre uno mismo.

AZIZ TAZI

EL CARTERO

Hoy he visto a mi cartero ya jubilado.
Parecía que su cabeza y su cara
concentraran repentinamente
el blancor todo de todas las misivas que
durante tanto tiempo me trajera.
Enjuto de talle hoy como antaño,
fiel pero ajeno testigo de cuantas albricias
y cuantos desengaños se replegaban
en los innúmeros bultos de los sucesivos años.
Pero ¿quién es su testigo?
¿Quién en sus manos detiene sin saberlo su secreto?
Su adusto semblante, su concentrado cuerpo,
sus risueñas e irónicas arrugas resumen
el fútil acontecer,
las preguntas del ayer,
las cartas aún no contestadas del hoy.

ABRIL

La luz azulada de esta mañana de sábado,
traspasada de la verde brisa de abril
y enhebrada en los pétalos amarillos
de un sinfín de minúsculos soles a ras de suelo,
triunfa radiante de la lánguida morbidez
de tantas tardes como melazas
pardas y pegadizas
del lento y cansino fluir de las semanas.
El cuerpo adquiere una levedad de salarinas
y alegres notas despreocupadas;
las palabras brotan en retumbantes,
pomposos sonos que celebran la solemne
ligereza de las cosas.
La fiesta de los sentidos,
la delgada dicha matutina, señores,
es algo muy serio, tan serio
que en seguida es atenazada
por la tarde plomiza;
que la ingente explosión de luz
se ve reducida a la cabeza de aguja inicial,
a la muda soledad.

MAYO

Repentinamente,
sin dejar que se recree apenas en su lozanía,
celebre el milagro una vez más renovado
tras vencer a los oprimentes
y neurasténicos anocheceres del eterno invierno,
el abrupto mes de mayo
evapora con sus abrasantes tardes
las recientes mañanas rociadas de abril.
Aún anida en la memoria el suave olor de la azucena,
el alocado vuelo de las matutinas aves,
las sutiles miradas desviadas,
los gráciles andares de las muchachas.
Mes de mayo,
principio de un final que se anuncia largo
en el azul punteado de fuego del estío,
en la lisura tensada de los mares.

Es pavorosa la indiferencia del tiempo.
Monstruoso en su silencio abismal,
ajeno parece a nuestro pesar.
Nuestro pesar, nuestro pasar, nuestro sentir, nuestro devenir;
nuestras fiestas, nuestros aniversarios...
Nuestro ayer, nuestro amor;
nuestro hoy, nuestro desamor.
Todo lo que nos lo recuerda
se deshilacha sin cesar por él.

TARDE DE NOVIEMBRE

¡Tarde húmeda, que siempre has estado aquí
implacablemente repetitiva!

Tus palmeras rezuman aguas
que despedirán a transeúntes resignados,
vivificarán futuras alegrías
y fatalidades perplejas.

La escasa claridad rojiza de la tarde,
punteada de estáticos nubarrones,
desdibuja tus arqueadas ramas
sobre azoteas desvencijadas,
sostenidas por el amargo y frío hierro oxidado
que alberga nuestros mudos corazones
absortos ante la inminente partida.

POLVO DE ESTRELLAS

Las briznas del inmemorial estallido
encienden los átomos de ríos, nieves y mares,
reverberan en la superficie bruñida de las hojas de la camelia,
limpian el aire de la turbidez gangrenosa del vivir,
borran las insondables distancias entre el hombre y sus inicios.
Nunca preguntarse por qué se obró el pasmoso milagro:
dejar que los poros bendigan la delgadez de la brisa,
los párpados se enternezcan con el ámbar crepuscular,
el jazmín impregne las partículas todas,
la boca se deleite con la licorosa fruta,
las yemas titilen al roce de la sedosa redondez
y la ingle se resuelva en purgante olvido.

ALBERT TORÉS

ERAS, EDADES E INSTANTES

De rubio el devenir de las mañanas, de otoño, de súbito, de toda niebla que se marchita en tus cortinas y siembra los gérmenes de los textos. La danza sobre mi vientre, en el espejo de la luna, siempre la furia viene con el rostro, igual que la vida se va, los llantos nos subsisten entre lluvias y rayos de primavera por tierra de todos.

De eras, edades e instantes fui tapizando hojas en blanco. Compuse verso libre desde la más rebelde soledad, desajusté metros y sílabas para tratar de lograr un ritmo que te hiciera honor. Siempre son benignos los tormentos a media voz, los teléfonos ásperos, los injustos gestos de la historia vencedora, las prisas afinando memorias hasta perder el sentido.

De tus cabellos que al instante haré amapolas eternas, de tu voz un atardecer disponible en cada rincón de la noche, por caer frambuesas de color azul en una blanca mañana métrica de risas en paradero desconocido. Cayeron gestos atrapando mundos y mares y victorias de la vida. Cayeron deseos y sin embargo no fallecieron porque a triple forma la magia numeral te sorprendía. Cayeron las horas como el maracuyá dulce y maduro, ilimitado y cómplice, absorbiendo barrios enteros en un cerrar de ojos. Cayeron hermosas partituras de jazz con ritmos de sambas que solo tu conocías. Me desvelabas secretos desde el edificio incondicional de la libertad mientras mi soledad guardaba silencio y sonrisas. Cayeron billetes de avión, -fruto del pasado tal vez-, cayeron comandantes de navío, encelados periodistas y camareros dislocados.

Acaso, caímos en el inquebrantable fondo de nuestra búsqueda: amarnos desde todos los lúgubres rincones.

Ya ven, estoy en la esquina de los relatos que combaten la sinrazón y aprendí a sonreír estando triste y nunca me doy la vuelta cuando me llaman por la espalda. Me aferro a las dobles identidades, a la conciencia de la modernidad superior sin duda al pretérito legado de prejuicios, errores y crímenes. Lo sé.

De emociones estamos en vena, porque no se es más libre al desligar el ser de la herencia ni poniendo ingratitud en el camino del saber. Por ello, os pido que no se siga el sentido sino su diligencia más cercana, su luz en los puentes. Pues en mi alma no hay tréboles de cinco hojas ni la hoguera de las vanidades apunta versos para ajustar cuentas. No hay mentira atroz ni dulcemente disfrazada. Mi código es la pelea a puños limpios, porque solo mi libertad me puede. Libertad si memoria quisiera.

Ahora he de partir hacia tierra sin decir nada, sin mirar atrás, ni vistas al frente, solo al perpetuo movimiento del oleaje.

Partiré sin recuerdos, la nostalgia en lágrimas donde las arenas movedizas serán el desafío a cualquiera, donde junto con mi libertad, quizá escriba algunos versos más.

ANTONIO VARO BAENA

MAR DE MÁLAGA

Entre las espinas del aire
se clavan los agujones del agua.
Huyo del mar porque no lo entiendo
ni sé de sus intenciones
de aquel mar de Málaga
en el vértigo de la Cuesta de la Reina
que la infancia presentía, lejano como un muro
azul como un cielo desparramado,
o aquel que mis pies compartían
con Cartago, Roma o Atenas.
Me encoge el mar, ancho como una muerte,
tierno como un pecho caído
donde aún cae la gente
que huye de su tierra calcinada,
de su desierto orillado.
No conozco el mar aunque me devore la memoria
que se cuela entre las rendijas del corazón
de un país llamado España
entre las casas de Collioure,
orillada en el alma del poeta
en la muerte no prescrita.

FRANCISCO VÉLEZ NIETO

MI VENTANA

Cuánta vida acaricio desde la muralla,
el ciprés majestuoso es mi estancia.
Recordado amanecer, chirrian los vencejos,
ecológica protesta. Soy la solitaria oveja
blanca en la selva de la vida cotidiana.
Fronroso ramaje de ideas me protege
de las hienas y otras oscuras alimañas.
El lobo feroz, sus aullidos y colmillos,
y ellas con sus discursos me censuran,
desprecio el pienso que ofrece
la oscura gloria de ese establo
pregón del putrefacto consumo.

LOS RÍOS

Son veneros que de la tierra brotan,
parto del agua, cauce de los ríos
paisaje agitado de luz y colores,
simbólicas fuentes entre caminos
para calmar la sed de la andadura;
hospitalaria frescura, meditación,
filas de adelfas nos guían.
Bandadas de pájaros mojan sus picos
en el caudal, remolinos de alas salpican,
peregrinaje hasta las caracolas, el mar.
Todo humedad es sustancia de vida,
historia soñada desde la niñez en la rivera.
Espejo del río donde mis noches nadaron
bajo la desnudez y el eco solitario.

EVOCACIÓN

La evocación, ese otro refugio allí
donde el hombre guarda quehaceres,
borradores de imposibles rescates.
De Cervantes prefiero ser escudero
y trocar la ficción en realidad,
pensamiento y deseo de desfigurar verdades,
combatir tanta maloliente podredumbre,
luchar contra las aspas que ocultan
el intento de la memoria lastimada.
La evocación, ese otro amparo allí
donde el hombre guarda quehaceres,
borradores de imposibles vivencias,
pulso del caminar humano.
Luchar contra las aspas de la mentira,
desnudar el ser de la palabra,
escudo y sombra de mi esqueleto.

PORQUE

Las palabras justas protegen al poeta
del padecimiento propio, belleza y dolor,
sed de vivir recuerdos de estancias.
La vida se alimenta ante los golpes sufridos
con la naturaleza que ofrece cada día:
música, venero de agua, corteza
de árbol y corazón tallado de amor.
Que no cese el bosque libertario
la mirada abarcando sus copas
como si fueran figuras imaginarias,
alas de pájaros dibujando el ayer
en el cielo protector del firmamento,
frente a la contaminación perversa,
cruda avaricia del poder totalitario,
sed del pobre junto a la fuente seca.

QUÉDATE CONMIGO

No te marches tiempo compartido,
quédate, aquí, a mi lado
pañó de húmedos recuerdos.
Balanza, abanico de pesares,
origen de cómo fue lo que cuento.
No sienta miedo, muchacha,
el cariño no se borra,
al amor nadie lo mata.
Es el sentir de la vida
y esa andadura no cansa.

LARGA NOCHE DE PIEDRA

Larga noche de piedra tatuada en la propia
memoria, la adúltera Iglesia, mitras sudadas,
felones, desayuno, almuerzo, merienda y cena.
Ningún Sermón de la montaña acepta la norma
de censurado credo bajo el poder de las bóvedas,
donde estudian y preparan guiones de rapiña.
Pese a todo palpita el corazón.
Despertar de ojos temblorosos, semiabiertos
hacia la esperanza que del alba llega.
Paisaje y partitura en el pentagrama,
contra tanta vulgaridad maloliente
la vida se agita airosa con su verso
y el desafiante volumen ético de las cosas.
¿Qué le ocurre al azogue del espejo
que borroso falsifica nuestra imagen?
¿Acaso somos solo sumisos gregarios?

EL DOLOR

No es dolor ser viejo en mi esqueleto arrugado,
portador que ofrece versos esculpidos con palabras,
poco importa si mi música resulta incómoda
frente a quienes viven del pesebre del poder.

JOSÉ JUAN YBORRA

RECTÁNGULOS DE OLVIDO

A H. L.

Lejos del mar, el viento y los caminos
no puedo tocar, ni ver.
Nuevas manos y ojos fieles
alumbran sepulcros desterrados,
una fugaz memoria de osamentas
de quien quiso vivir en la palabra
y redactar exilios vitalicios
con fugaces perfiles de mujeres galantes
ocultas en el aire de ciudades perdidas
y celosas páginas de censura y talión.
Caballos de coloniales guantes blancos
galoparon a lo eterno
entre diarios de la noche
y páginas de futuristas libertades.
Todo para desaparecer
en lejanos camposantos extranjeros
y agrestes receptáculos de olvido
hasta que manos y ojos fieles
vindiquen polvorientos abandonos
de cruces trasplantadas y rótulos sin hijos.

CORONA ZAMARRO

A LA MUERTE DE NUNCI, MI DULCE HERMANA

El coche que te lleva, que tú ya no conduces,
te acerca entre fulgores a tu última morada.
Te va escoltando al pueblo un orbe ensangrentado
en tu vuelta a la tierra, a la paz, a la nada.

El cielo, estremecido, se viste de colores
armónicos, intensos, para darte las gracias
por tus flores, las plantas trepando tus paredes,
ahora ya sin riego, secas y abandonadas.

Último atardecer de amapolas perplejas...
Luego solo el silencio, sola y amortajada.
Nos dejas la intemperie, el adiós decisivo,
no solo un hasta luego, sonrisas y miradas.

Te contemplo tan quieta tras un cristal sin vaho...
Mi voz no lo franquea... La tragedia declara
esa muerte tan tuya y esta ausencia tan mía...
Es una noche absurda, de frases solidarias...

Por el camino triste, el cielo gris te llora.
Del aguanieve solo nos cobija un paraguas.
Pero existe un consuelo: para escoltar tu féretro
emerge un arco iris y se posa en la tapa.

Entras al camposanto seguida de los tuyos.
Lágrimas, desconsuelo y rezos te acompañan.
Vuelve la oscuridad, el aguacero, el frío...
y formamos un círculo que te abraza y resguarda.

Una flecha de luz se abre paso en el cielo:
Ilumina la tumba donde Marta descansa
aguardando a su madre, que ha llegado temprano,
temprano y de repente, cuando no la esperaba.

Esa luz cenital perforada en lo oscuro
ilumina tu adiós en la tarde nublada:
una señal, la prueba de que estás con nosotros,
hermana, *compañera, compañera del alma.*

ULTILOGO

Desaparecemos. Y desde ese preciso instante nuestro lugar se deslinda y rotura. Solo pertenecemos a quien recuerda el paisaje que fuimos. Es decir, quien sigue teniendo en su memoria la sensación de encontrarnos, una vez más, entre aquellos lugares que nos eran comunes o, al menos, circunstancialmente habituales. Como esa persona con la que nos topamos y no conocemos, pero que se convierte familiarmente en allegado a nuestro desenvolvimiento cotidiano en la calle, la tienda de comestibles, la plaza, el ambulatorio o la esquina del barrio. Cuando este encuentro no se cristaliza en un tiempo nunca determinado, nos asalta el interrogante de qué habrá sido de ella. Y nos embarga cierto pesar por esa pérdida que, en cierta manera, recompone nuestro mundo más íntimo. La mirada atrapa esos seres que en nuestra vida son *anonimatos afectivos*. No aparecen en el álbum familiar o en la galería de fotografías que contiene el teléfono portátil. Mas son asidero del rumor de la vida que sentimos pasar en pocas ocasiones, una de ellas es esa: la ausencia inesperada de esas vidas inéditas que fueron testigo de nuestra mirada asertiva.

En la literatura el tiempo no tiene medida. El reloj es de cuerda y se ajusta a la hora que la conciencia y la emoción marcan con las manecillas que recorren el universo de la palabra trascendida. No hay retrasos ni adelantos. Es un tiempo continuo que avanza y retrocede hasta hallar su lugar en el mundo. Y que no es otro que el del lector que entreabre las páginas de vidas, mundos, pensamientos... El discurso etéreo que se materializa en la lectura, y que antes lo fue en la oralidad, nos encamina al silencio como lámina de agua transparente.

Quizá cuando el amor quede tan solo, la única estancia habitada, condensa en la unción de ambos versos el ser poético de Julio Alfredo Egea y Pilar Quirosa Cheyrouze. Enunciado de dos hacedores de la palabra poética, que descienden la escalera de peldaños gastados del sótano del alma humana con la luminaria de su reflexión. Dos lucernas que avivan y velan en ese lugar de profusa oscuridad, la proclamación revolucionaria de la encomienda del amor como afirmación de rotunda e

irreductible esperanza. La ceniza aventada derrama el signo vital de la levedad. Sus versos renacen en cada lectura como ensalmo bautismal de un mundo nuevo, que aprendiera a andar con los pies desnudos por la acequia del corazón.

Pedro Luis Ibáñez Lérica

La edición de este libro concluyó el 2 de junio de 2019. Setenta y cinco años antes, el 4 de mayo de 1944, fallecía el periodista y escritor sevillano Manuel Chaves Nogales en Londres, donde residió tras su exilio, que antes lo fue tras la Guerra Civil en París hasta 1940, fecha de la entrada de las tropas alemanas en la capital francesa. Su compromiso republicano e intelectual con la democracia, fue causa de su inclusión en las listas de la Gestapo. Está enterrado en el North Sheen Cemetery de Richmond, en una tumba sin lápida.